PQ7797
.M32
C3
1900Z

Camila O' Gorman

DRAMA HISTÓRICO

arreglado de la novela de Gutierrez, del mismo titulo

EN 5 ACTOS Y EN VERSO

POR

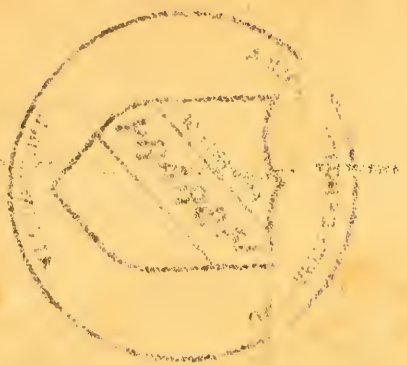
L. MENDOZA ORTÍZ

ESTE DRAMA REPRESENTADO CON GRAN ÉXITO
EN VARIOS TEATROS DEL INTERIOR
HA SIDO PROHIBIDO EN BUENOS AIRES POR ORDEN DEL
INTENDENTE MUNICIPAL A. CASARES

Editor: D. VALLEJO VEGA

"IMP. EL CENSOR"
Avenida Gral. Mitre 1143 al 45
Barracas al Sud

UNIVERSITY OF NORTH CAROLINA
PROPERTY OF
LIBRARY
AT CHAPEL HILL



PERSONAJES

Camila O' Gorman	El Presidente
Manuelita	Unitario 1°
Doncella	„ 2°
D. Juan Manuel Rosas	„ 3°
Uladislao Gutierrez	„ 4°
Lázaro Torrecillas	„ 5°
Andrés Banón	Oficial
Eusebio de la Federación	Brocamonte
El Capitán Alvarado	Edecán

Soldados, Mazorqueros, Indios

La escena en la República Argentina. Los cuatro primeros actos en Buenos Aires, año 1847. El último en «Santos Lugares» el 18 de Enero de 1848.

TITULOS DE LOS ACTOS

1° Las redes del gavilán.
2° El tigre de Palermo.
3° La Mazorca.
4° La virtud contra el poder.
5° "Santos Lugares".

Digitized by the Internet Archive
in 2012 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

http://archive.org/details/camilaogormandra00mend

ADVERTENCIA

La primera idea de este drama la dió una conocida novela del popular Gutierrez. Estudios y diligencias que después hice me convencieron de que la realidad había sido pudorosamente disfrazada por el novelista y que el drama real ocurrido en aquellas postrimerías de la tiranía había sido de tal suerte que una obra literaria que quisiera presentarla en el teatro debería falsearlo más aún. Cuando más tarde puse mano á la obra sin más inmediata pretensión que la de hacerla conocer por mis amigos, atendí principalmente á dos cosas: la primera, el respeto de las conveniencias sociales, que si no lo debiera por mi educación y el que debo á mi pluma, me lo hubiera impuesto la consideración de que la obra había de ser representada por los seres que me son más caros en la vida. Atento en segundo lugar á las consideraciones de orden nacional é histórico tratando de buscar en lo íntimo de un suceso, por demás realista, elementos de idealización que permitieran á todo argentino (lo son las personas de mi familia á quien antes me refiero) ver el drama con agrado y simpatía.

Debí de alcanzar estos dos propósitos cuando Camila O' Gorman en dos distintas épocas fué representado y con buen éxito. El que alcanzó en la última *tournée* de la compañía de Mariano Galé por el interior de la República, motivó el pedido de la obra, ya que aquella, de regreso, actuaba en esta capital. Accedí gustoso, esperando que la crítica no sería muy severa con ella y que el público de Buenos Aires la miraría con los buenos ojos que el de Córdoba, el de Tucumán ó el de Salta que últimamente la aplaudían.

No contaba con las susceptibilidades de personas que, ignorantes de lo que la obra realmente encierra y como si lo que una vez ha sido pudiera dejar de haberlo sido, quisieron tapar el cielo con un arnero, pretendiendo quizás que el nombre de Camila O' Gorman es propiedad de algunas personas, cuando la historia ha tiempo que se lo apropió.

Lo que esas personas y todo el mundo tiene el derecho de exijir al autor de una obra sobre la heroina de tan triste historia, es la alteza de miras, es decir, que no se la tome por pretesto para satisfacer estúpidas ó malsanas curiosidades.

Y como pudiera creerse que mi Camila habrá sido prohibida por inmoral ó por anti-patriótica, la publico en defensa de mi modesto nombre y también para confusión de los que me condenaron sin oirme y tienen tan menguado concepto del patriotismo que no les ha importado que conocieran la obra públicos tan *criollos* y cultos como los de las ciudades antes citadas, y sólo se han alarmado cuando iba á conocerla el de esta capital tan cosmopolita como ilustrado.

Pues bien, á este mismo público apelo para que diga si mi obra merece los rigores de una Intendencia que deja pasar el repertorio ultra verde de unos y las adulteraciones históricas de otros, mientras se encarniza con mi humilde producción.

L. Mendoza Ortíz

ACTO PRIMERO

Jardín primer término izquierda fachada de casa, próximo á la puerta un arbol con un banco rústico al pié. Verja al foro.

ESCENA I

Al levantarse el telón Camila aparece sentada en el banco. Lázaro por el foro.

CAMILA, LÁZARO

LAZ. (*contemplando á Camila*).
¡Siempre triste! ¿que fatal
dolor así la aniquila
oculto en su alma? Camila.
CAMI. (*volviéndose*) Lazaro; ¿eres tú?
LAZ. Si tal.
Yo que veo ese dolor
que ocultarme en vano quieres
que ingrata digo que eres...
CAMI. No.
LAZ. Con tu amigo mejor,
juntos nos hemos criado,
hermanos siempre hemos sido.
gozos y llantos unido
penas y dichas contado,
tus padres me recogieron
cuando huérfano quedé,
como á hermana te miré
y alegres mis días fueron.
Ni secretos para tí
tuve sin que al mundo asombre
ni de niño ni de hombre
ni tampoco para mí
con su fraternal querer
guardó entre el juego ó la riña
jamás secretos la niña
y hoy los guarda la mujer.
Tus días miro pasar
entre angustias y suspiros,
oigo tus hondos gemidos,
veo tu llanto brotar,
densa palidez lucir
en tu rostro angelical,
de tus labios el coral
morado tinte cubrir
tu hermosura soberana,

de tu pecho la congoja
y tu cruento martirio
de rosa se tornó en lirio
que marchito se deshoja.
¿Porque me ocultas tu pena
y tu terrible agonía?
cuéntamela hermana mía;
si siempre fuistes muy buena,
¿por qué tu pecho vacila
en referirla á tu hermano?
Por nuestro Dios soberano
yo te lo ruego. Camila.

CAMI. ¡Lazaro!

LAZ. ¡Camila!

CAMI. Amigo
mío, hoy de tu amistad
debo fiarme, es verdad,
harta injusta fuí contigo.
Años hace que un secreto
guardo en mi pecho profundo,
tú serás sólo en el mundo
quien lo sabrá.

LAZ. Yo prometo
qne encontrará sepultura
en mi corazón.

CAMI. Lo sé.

LAZ. Habla ya.

CAMI. Compartiré
contigo mi desventura
y al ver mi inmenso dolor
tu juzgarás si tu hermana
Aun puede ser flor galana
ó triste y marchita flor,
que al pié de sombría loma
por el desengaño helada
sobre su tallo inclinada
muere sin color ni aroma.
De mis años juveniles
el tiempo pasó ligero
contigo fiel compañero
de mis juegos infantiles.
Fijos en la mente mía
sus puros goces están
y á mi corazón aun dan
consuelo, paz y alegría.
De mi padre un fiel amigo
en Tucumán retirado,
por sus negocios llamado
víno, y se trajo consigo
un sobrino que tenía,
joven, noble y distinguido
y que ha estudiar decidido

á Buenos Aires venía;
tú que estudiabas con él,
tu afecto le diste un día
y muy en breve os unía
el lazo de amistad fiel.
Su tío, al ver terminado
su negocio se marchó
y á mi buen padre dejó
al joven recomendado;
y al acabar de estudiar
de aquel año las lecciones
las alegres vacaciones
quisiste con él pasar.
Ya que él á su santa madre
no podía entonces ver
le llegaste á convencer
que viniera, y á mi padre
le escribiste si quería
permitir traer contigo
al sobrino de su amigo
con quien amistad te unía.
Mi padre, te contestó
que lo aprobaba gustoso,
y tu regreso dichoso
y el de tu amigo esperó.
Te fué á buscar Arapiles,
llegasteis aquí en Enero,
y á ver volví el compañero
de mis juegos infantiles.
Pero al llegar y abrazarte,
le miré, se fijó en mí;
yo quedé fuera de mí,
inmóvil sin respirar,
y en él fija la mirada,
de la niña, el corazón
sintió secreta emoción
que explicar no podrá nada,
pero en vez de aquellos días
en que dichosa jugaba,
triste y sola los pasaba
en hondas melancolías.
Una tarde, en el jardín,
en mis penas abismada
y en un banco reclinada
bajo el nevado jazmín,
Gutierrez me sorprendió
y al *verle* acercarse á mí
quise marcharme de allí;
más mi traje se enredó
por mi turbación fatal,

en unas próximas sillas
y fuí á caer de rodillas
sobre un cercano rosal.
Y en mis manos despiadadas,
mil espinas se clavaron,
y rojos surcos dejaron
dejándolas destrozadas.
Gutierrez me levantó,
y con cariñoso anhelo
él, con su mismo pañuelo
sangre y espinas quitó,
y después acongojado
dijo con doliente acento:
" Creed, Camila, que siento
" el haberos molestado.
" Si os heristeis por huir
" de mi presencia fatal
" no volveré á haceros mal.
" Mañana voy á partir;
" más creed por compasión
" que las agudas espinas
" de vuestras manos divinas
" las llevo en mi corazón.
" Más yo, no hallaré, Camila,
" quien con amoroso anhelo
" enjugue con su pañuelo
" la Sangre que de él destila. "
¡Ay! marchose, y tú con él
y con los dos mi ventura,
sólo en mi pecho amargura
por siempre quedó cruel.
Y al veros partir gentiles
mi llanto corrió lijero,
más no por el compañero,
de mis juegos infantiles.
Mi llanto fué y mi dolor
por aquel que hizo sin calma
brotar inmenso en mi alma
mi único y eterno amor.

LAZ. Amas á Gutierrez.
CAMI. Sí,
le amo con toda mi vida.
LAZ. Camila, hermana querida
desventurada de tí!
¿El lo sabe?
CAMI. Que se yo.
LAZ. ¿No habeis hablado?
CAMI. ¡Jamás!
LAZ. Tú ese amor olvidarás.
CAMI. ¿Olvidarle yo?

LAZ. ¡Sí!
CAMI. ¡No!
¿No verle más es posible,
Callar mi pasión también;
morir de pena eso bien,
·Olvidarle! es imposible.
LAZ. Más no comprendo, Dios mio,
Como eligió la carrera
que os separa; que pudiera
margen dar á ese extravio,
¿Tú lo sabes?
CAMI. Fué de fijo,
aunque el pecho me taladre
el mandato de una madre
y el ser Gutierrez buen hijo.
La carrera de abogado
contigo comenzó á estudiar,
pero próximo á espirar
lo que el ser le había dado,
porque sus tristes despojos
aun su hijo besar pudiera
le escribió que pronto fuera
para cerrarla los ojos.
Y á Tucumán se marchó
Gutierrez, más ya en acecho
junto á aquel materno lecho
á la parca muerte halló
y aquella anciana espirante
juzgó con materno anhelo
abrir para su hijo el cielo
si este prometía amante
renunciar con decisión
á su mundanal carrera,
y emprender con fé sincera
la de santa religión.
En su creencia fiada
lo pidió con voz profunda,
¡á una madre moribunda
un hijo no niega nada!
Gutierrez la prometió,
y aquella anciana querida
dejó sin duelo la vida
y al cielo su alma voló.
Ocho años han transcurrido
desde que la halló la muerte,
ocho años que miro inerte
mi bien por siempre perdido.
LAZ. Camila hermana querida,
cese tu agudo dolor
y mata pronto ese amor
que así emponzoña tu vida.

Si á descubrirlo llegase
el mundo traidor é impío
en su loco desvarío,
de tu virtud reselace
que en su ceguedad fatal
Siendo en juzgar inhumano
no juzgara cual tu hermano
tu inocencia angelical.
Yo bien comprendo tu pena
mas ese amor infelice
si en el cielo se bendice
en la tierra se condena

CAMI. No temas hermano mío,
nadie sabrá lo que mi alma
oculta.

LAZ. Yo haré que la calma
recuperes, te lo fío.

CAMI. ¡Calma!
no la hay para mí.

LAZ. ¡Oh! la habrá.

CAMI. De ningún modo.

LAZ. ¿Por qué?

CAMI. No lo sabes todo.
Escucha Lazaro.

LAZ. Dí.

CAMI. En este mismo lugar
y en este banco sentada,
vino á mi mente angustiada
sopor extraño á embargar.
El tiempo que así pasé
no lo puedo definir,
ni sé si llegué á dormir
ni tampoco si soñé.
Mas me pareció intranquilo
oir una voz de duelo
que á mi oído con anhelo.
decia «¡pobre Camila!
« tristes tus días serán
« fuerzas para luchar toma
« que esperan á la paloma
« las garras del gavilán.»
Desperté sobresaltada,
mas nadie ví junto á mí
y del ser que me habló así
no quedó rastro de nada.
Búsquele con fuerte empeño.
pero en vano todo fué,
y dudando me quedé
si fué realidad ó sueño.

LAZ. Si: sueño fué, hermana mía,

no tengas duda ninguna;
ó alguna sombra importuna
de tu ardiente fantasía

ESCENA II

DICHOS-DONCELLA

DONCE. ¿Don Lázaro?
LAZ. ¿Qué se ofrece?
DONCE. Que por usté ha preguntado
un señor que ahora ha llegado
y tiene prisa parece
LAZ. Di que voy
De esa visión
deshecha el recuerdo vano,
Nada temas de tu hermano
Aun alienta el corazón. (*Váse*)
CAMI. De mi ardiente fantasía
tal vez sueños sean, sí,
más grabada quedó aquí
La fúnebre profecía.
¡Adorada madre mía
que desde el cielo dó estás
mis oraciones oirás;
yo te pido por mi padre
que no me abandones madre,
no me abandones jamás!

ESCENA III

DICHA, BANÓN Y EUSEBIO

BAN. Ahí está, vete y espera
que hablarla un momento tengo.
Esta es de Rosas la orden
Que sin dudar cumplir debo.
EUSE. Pero Banon ten cuidado
porque de veras te advierto
que está este sitio guardado
más que cuadra á tu deseo.
Y hay pájaros en sus nidos
que son de muy mal agüero.
BAN. No temas pue yo á esos pájaros
pronto cortaré los vuelos.
EUSE. Y yo cortaré los tuyos
avejorro del infierno (*Vase*)
BAN. En sus recuerdos sumida
aun no me ha visto, esperemos.
CAMI. En mi corazón aun dura
el triste presentimiento
de una terrible desgracia.
BAN. Camila.
CAMI. ¡Ah! voz, qué es esto?

aquí estais sin orden mía,
salid, salid al momento.

BAN. No.

CAMI. Salid de este recinto.
¿No escuchais que yo os lo ordeno.

BNN. Y yo, ya lo ves Camila,
Tus órdenes no obedezco;
porque es fuerza que me escuches
Lo que ahora á decirte vengo.
A tí te sobra arrogancia,
eres de virtud modelo,
eres digna, valerosa,
de honradez límpido espejo.
Yo soy un ser despreciable
un aborto del averno,
con los hombres un cobarde
y con las damas grosero.
Pues no intento desmentirte,
darte la razón deseo.
tú me mandas que me marche
y yo Camila me quedo.

CAMI. Bien, seré yo la que salga.

BAN. Tampoco consiento eso.
Aquí conmigo estarás,
en este instante yo ordeno!

CAMI. Vee que Lazaro esta aquí.

BAN. Lo sé muy bien; está ahí dentro
y quizá en contra de Rosas
combinando algun proyecto.

CAMI. Y si hasta hoy nada le dije
de vuestros planes perversos,
puede muy bien que mañana...

BAN. Guardes el mismo secreto.
Lo sé Camila, lo sé,
que me delates no espero.

CAMI. ¿Por qué?

LAZ. Pues es muy sencillo.
Tu corazón es muy bueno
é incapaz de una vileza,
y además porque yo creo,
que quieres mucho á ese Lázaro
y evitarás su tormento.
Sabes que soy poderoso
y el mucho favor que obtengo
de Rosas, y la verdad,
supongo me tienes miedo.
De Lázare la conducta
que no es muy limpia sospecho
y con una leve seña

su persona en un momento
puede desaparecer y...
¿entiendes Camila?

CAMI. Entiendo.

BAN. Además, con mi amistad
claro ves qus le protejo
contra el célebre Cuitiño,
Sarra, Troncoso y Moreno
que están por una cabeza
como esa, bebiendo el viento,
pues á escasear empiezan
las cabezas de ese género.
Déjame, pues, por ahora
que su amigo siga siendo
prometiendo no decirle
jamás de mí...

CAMI. Lo prometo.

BAN. Bien.

CAMI. Más de mi, ¿qué queréis?

BAN. Vas ahora mismo á saberlo.
Hace ya tiempo, Camila,
que te revelé el secreto
que mi mente acariciaba
y que guardaba mi pecho.
Mi amor terrible y profundo
delirio de mi cerebro
que me fascina y me abrasa
y mi oscuro pensamiento
en todas partes te vé.
quiero huir de tí y no puedo
que en las sombras, en la luz,
en la orgía, ó en el templo,
ya flotando en el espacio,
y ya de la tierra saliendo,
siempre tu imagen me cerca
hacia ella los brazos tiendo
gritando: ¡espera Camila!
cede á mi amor, ó prometo
vengarme de un modo horrible.
Espera, espera, ¡Oh! ¡tormento!
La visión desaparece,
mirándome con desprecio
lanzando una carcajada
que repite el ronco eco.
Entonces tu ser maldigo,
el odio ruge colérico
en mi corazón, mi mente
quiere buscar un tormento
cual el furor que me ahoga
y tal venganza apetezco

que aun que, con ansia la busco
cual la quiero no la encuentro.
Este es el amor terrible
que siente mi herido pecho,
¡amor inmenso!

CAMI. ¡Mentís!

BAN. Camila, ¿que estás diciendo?

CAM. Que el amor equivocasteis
con ceguedad sin ejemplo
y dais un nombre postizo
á vuestro impuro deseo.
El amor noble, profundo,
honrado, leal y bello
cuando no es correspondido
calla y padece en silencio,
procura del ser amado
la ventura y el sosiego,
y si hacerle feliz logra
encuentra su mal remedio.
No insulta, maldice, ni odia,
ni se venga, ni altanero
hace alarde de poder
ni se arrastra por el suelo.
El amor sublime, santo,
desciende del firmamento
y su pureza retrata
el diáfano azul del cielo.
El deseo repugnante
brota del profundo averno
y en histérica agonía
se revuelve por el cieno.
Pues ya sabeis que es amor;
y ese criminal deseo
no volvais á confundirle
con el amor, caballero.

BAN. Pues bien, será lo que quieras;
pero Camila, te advierto,
que si pronto no consigo
llámese amor ó deseo,
lo que mi pecho ambiciona
yo te haré sentir el peso
de mi iracunda venganza.
y al fin lograré mi objeto
que todos los medios son
factibles para mi intento.
Por última vez Camila
di, ¿me amarás?

CAMI. ¡Os desprecio!

BAN. Camila ¡Oh!

CAMI. Y salid,

de este recinto al momento
Pues aunque á Lázaro cueste
la vida y á mi el sosiego.
haré que mi hermano venga,
y al escucharos sospecho
que os arrancará la lengua
ahogando así vuestro acento.

BANO. Muy bien, Camila: muy bien!
Ya me voy, ya te obedezco...
No volveré ya de amor
á hablarte, te lo prometo
Mas como en mi sangre pide
ese infame y vil deseo
que insulta, maldice y odia
que se venga y que sujeto
por histérica agonía
se revuelve por el cieno
los insultos que he escuchado
con creces volverte espero:
No te has de quedar quejosa
Camila, ¡yo te prometo,
que has de quedar satisfecha!
En este mismo momento
vas á seguirme.

CAMI. ¡Yo!

BAN. Si.

CAMI. Jamás, Jamás.

BANO. (*avanzando*) Yo lo quiero.

CAMI. ¡Atrás!, ¡miserable! ¡atrás!

BANO. Lo manda el gefe Supremo
de la Nación

CAMI. Yo no acato
más ordenes que del cielo.

BANO. Ordenes son rigurosas
y yo su ley administro.

EUSEBIO Atrás, respeto al ministro
(*se interpone entre Banon y Camila*)

BANO. ¡Oh!

EUSEB. De Don Juan Manuel de
Rosas.
La suprema decisión
del Dictador, al instante
manda que vayais (tunante)
á Palermo.

BANO. ¡Maldición!

EUSEB. Creo que os dije sincero
que en este jardin metido
hay pájaros en los nidos
que son de muy mal agüero.
Y aquí solito encerrado,

no llegasteis á pensar
que en lugar de trasquilar
podéis salir trasquilado.
Más para ahorraros tal pena
con Rosas conversé yo
y este papel me entregó
que obedecerme os ordena.
Y ya que ley administro
os mando de aquí salir;
de algo me ha de servir
el ser el primer Ministro (*vase Banón*).
¡Eh! Ya salimos del paso

CAMI. Tu me has salvado.

EUSEB. Yo...

CAMI. Si.
Quien eres, quien eres, dí.

EUSEB. Soy de Rosas el payaso.

CAMI. ¡Tú! ¡Oh!

EUSEB. Más calma tu afán,
fuerzas para luchar toma
que esperan á la paloma
las garras del gavilán.

CAMI. ¡Cielos! que es lo que escucho!
La fúnebre profecía,
no fué por desdicha mía
ilusión, realidad fué.

ESCENA IV

CAMILA Y GUTIERREZ QUE ENTRA POR LA VERJA

GUTIE. Camila!

CAMI. Gutierrez. ¡Ah!
Después de tan larga ausencia
os veo al fin.

GUTIE. Mi presencia.
tal vez molesta os será

CAMI. No á fé, pues que no me quita
ningún urgente quehacer.
Y ¿á qué debo hoy el placer
de vuestra amable visita?

GUTIE. Vengo á Lázaro á buscar,
que sino fuera por él
de vuestra casa el dintel
jamás volviera á cruzar.

CAMI. Haríais mal, porque cerrada
jamás mi puerta estará
para aquel que no traerá
cosa que no fuere honrada.

GUTIE. Lázaro está en casa?

CAMI. Sí.
GUTIE. Queréis llamarle?
CAMI. Sí á fé, dentro de un rato lo haré
pues hace poco que aquí
le vinieron á buscar
y á su despacho se ha ido;
mas si á verle habéis venido.
le podéis aquí aguardar.
(¡Calla y sufre corazón!)
GUTIE. (¡Corazón, calla y padece!)
CAMI. (¡Qué falta el aire parece!)
GUTIE. (¡Se oscurece mi razón!)
CAMI. ¿Y qué causa os hizo hoy
olvidar la caridad?
siendo ejemplo de bondad
y de abnegación
GUTIE. No soy,
digno de...
CAMI. Aunque alejado
de este sitio habéis vivido,
logró llegar á mi oido
El bien que habeís derramado.
De los pobres el consuelo.
y amparo del que padece,
que sois ha tiempo parece
el buen ángel de este suelo.
GUTIE. Camila, por compasión
no me avergonceis así.
Si algún bien hice, cumplí
sólo con mi obligación,
y no merece alabarza
quien cumple con ella, ya
bastante premiado está
con el bien que su alma alcanza
y no juzguéis heroismo
mi caridad, también se hace
el bien por puro egoismo.
Pues placer igual no existe
al que se alberga en el alma
de aquel que logra la calma
dar al hambriento y al triste.
CAMI. De ese supremo placer
Podéis mostraros ufano
GUTIE Del que sufre me hizo hermano.
Dios, y su hermano ha de ser.
Cuando emprendí esta carrera
y á ser, lo que soy llegué
al mundo ya renuncié
y olvidé mi vida entera.
Mi madre me lo pidió

moribunda y lo ofrecí.
Rudo combate sufrí
mas mi amor filial venció
y pude lograr, Camila,
que al morir mi madre amada
por mi promesa sagrada
llegase á espirar tranquila.
Y los fúnebres crespones
á un tiempo vestí sin calma
de la madre de mi alma
y mis muertas ilusiones.

CAMI. ¡Pobre Gutierrez! á fé
que admiro vuestro valor,
y comprendo ese dolor
que hace tiempo sospeché;
y esa pena sobrehumana
quiero ver si algo mitiga
la mano de vuestra amiga
y el cariño de una hermana.

GUTIE. Camila!

CAMI. No rechaceis
la prueba de mi amistad

GUTIE. Camila, ¡cuánta bondad!
Camila, feliz me haceis.

CAMI. Si vais consuelo fecundo,
derramando con anhelo,
como negaras consuelo.
en vuestro dolor profundo.
¿Cómo se ha de resistir
al lado vuestro á llorar
quien sabe también amar,
quien sabe también sufrir?

GUTIE. Camila ¿qué decís?

CAMI. ¡Oh!
(¡Madre mi esfuerzo vacila!)
No me hagais caso

GUTIE. ¡Camila!

CAMI. ¡Ah! no me hagáis caso, no!
Vuestra pena al escuchar
se interesó el alma mia
y tan sólo ver queria
si os podia consolar.

GUTIE. ¡Ah! no me ocultеis en vano...

CAMI. Creedme.

GUTIE. Camila!

CAMI. Sí.

GUTIE. ¡Oh; no.

CAMI. Esperadme aquí;
voy á llamar á mi hermano

GUTIE. (¡Se oscurece mi razón!)

CAMI. (¡Que falta el aire p: rece!)
GUTIE. (¡Corazón, calla y padece!)
CAMI. (¡Calla y sufre corazón!) (*Vase*).

ESCENA V

GUTIERREZ

¡D'os de suprema bondad!
de mi pecho sin reposo
calma el combate horroroso
teniendo de mí piedad.
Tú sabes que yo cumplí
lo que el deber me ordenaba.
mi madre me lo mandaba
y á mi madre obedecí.
Lejos de mi amor partí;
maté mi felicidad,
y de este amor la ansiedad
en mi corazón guardé,
y en tus brazos me arrojé.
ten ¡oh Dios! de mí piedad

ESCENA VI

GUTIERREZ Y LAZARO QUE SALE POR LA 1.ra IZQUIERDA

LAZ. Gutierrez! cuánto celebro
verte al fin amigo mío;
deseando estaba abrazarte.
GUTIE. ¡Lázaro! ¡mi buen amigo!
LAZ. ¿Y por qué el amigo ingrato
abandonó su recinto
viniendo á ver. al que ha tiempo.
olvidado de él ha sido,
apesar de haberle dado
su corazón desde niño?
GUTIE. Lázaro ¿olvidarte yo?
LAZ. Claro y patente lo miro:
solo por casualidad
verte alguna vez consigo.
GUTIE. Mis quehaceres....
LAZ. Tu memoria.
qué me olvide, claro dilo.
GUTIE. No Lázaro, te aseguro...
LAZ. Si Gutierrez, te lo afirmo.
¿Olvidaste aquellos días
de fraternal regocijo
que á pasar las vacaciones.
en nuestro alegre retiro

ibamos siempre anhelantes
y el pecho de gozo henchido?
¿Cuándo á la ciudad volviendo
á estudiar muy decididos
traíamos el deseo
de que este país bendito,
renacer viera en nosotros
aquellos seres invictos
que por la Argentina dieran
hasta el último suspiro?
¿Olvidas cuando á Lavalle
víctima del despotismo,
en nuestros pechos alzabamos
un santuario bendecido,
donde adorar su grandeza
su valor y su heroismo?
Tú, como yo de imitarle
tenías el noble ahinco.
Mas, tu ya lo has olvidado.

GUTIE. No, Lázaro; no me olvido.
No hablemos de esto ahora más
y oye atento y con sigilo.

LAZ. ¿Pues que sucede?

GUTIE. Sucede,
que se que te hallas inscrito
en una conspiración
del unitario partido
que tal vez, hoy descubierta
será, y en tal compromiso
he procurado avisarte-
de lo grave del peligro.
¡Huye, pues, á la oriental
no estes más en este sitio!

LAZ ¿Yo de aquí huir, yo escapar?
Jamás, jamás; fuera indigno.
Si á mis hermanos dejase
entregados al peligro
que cruel les amenaza;
si á este país bendecido
que es mi patria idolatrada
olvidase en mi extravío
y por salvarla no diera
hasta el último suspiro
de mi pecho, y gota á gota
toda mi sangre; si impío
abandonase este suelo
donde nací, y donde miro
descansar en sueño eterno
á mis padres bendecidos;
fuera ruín, vil, cobarde,

mal ciudadano y mal hijo.
GUTIE. Lázaro, tienes razón;
tienes razón, noble amígo.
Desisto de que te alejes
abandonando el peligro.
Triste suerte aquí te espera
más te comprendo y te admiro.
LAZ. Gutierrez; vámonos ya
á ver si al fin descubrimos
quien es el traidor infame
que vendernos ha querido,
y lo mismo que su culpa
deberá ser su castigo.

ESCENA VII

DICHOS, OFICIAL Y SOLDADOS

OFI. ¡Atras!
LAZ. ¿Por qué causa?
OFI. Vais á saberlo ahora mismo.
GUTIE. ¡Oh!
OFI. ¿Lázaro Torrecillas?
LAZ. Soy yo.
OFI. Prendedle.
GUTIE. (¡Perdido
es sin remedío!)
OFI. A donde os tengo dicho
LAZ. ¡Infames! ¡infames!
OFI. (*la hacen*) ¡Atadle!
y fuera de aquí ahora mismo.
LAZ. Maldiga Dios al tirano
vergüenza de nuestro siglo.
GUTIE. ¡Cielos, se lo llevan! Sí.
¡Perdido por siempre está!
CAMI. ¡Lázaro!
GUTIE. Camila ¡Ah!
CAMI. Gutierrez aun por aquí.
GUTIE. Camila, Camila.
CAMI. Que.
Que os causa tanto terror;
hablad, hablad, por favor.
GUTIE. ¿Dios mío, qué la diré?
CAMI. Y Lázaro, ¿dónde está?
no aumenteis más mi tormento.
GUTIE. Lázaro en este momento
aquí ha sido preso.
CAMI. ¡Ah!
GUTIE. ¡Dios mío! ¡Piedad tened
de Lázaro desdichado!

(*se dirige al foro*)
¡Ah! ya todos se han marchado.
(*Uno de los oficiales queda escondido en el jardín y aprovechando la subida de Gutierrez, entrega un pliego á Camila.*)

OFI. Tomad, tomad y leed.
(*Váse recatándose*)

CAMI. «Si en tan suprema ocasión
«de Lázaro ansiais la vida,
«Id á Palermo en seguida
«para obtener su perdón.» (*leido*)
Gutierrez vamos de aquí,

GUTIE. ¿A dónde?

CAMI. A solicitar
su perdón. A suplicar
á Rosas?

GUTIE. ¿A Rosas?

CAMI. ¡Sí!

GUTIE. Vuestro ruego será en vano;
pues aunque al mundo denigre
jamás abrigó esa tigre
ningún sentimiento humano.
Nada honrado de él se alcanza.

CAMI. ¡Venid! ¡Venid! en seguida.

GUTIE. Os puede costar la vida.

CAM. Quién renuncia á la esperanza

GUTIE. Ved que mil intrigas forman
¡Oh! no, no vayais por Dios!

CAMI. Iré.

GUTIE. ¿El honor?

CAMI. Va en pos
siempre de Camila O'Gorman.
(*Se dirigen hacia el foro*).

TELÓN

ACTO SEGUNDO

Magnífico salón en Palermo. Puerta al foro y laterales. En la primera derecha, una gran reja. Cortinajes y ricos muebles de color rojo. Al levantarse el telón aparecen: ROSAS sentado en un sofá á la izquierda, á su lado de pié EUSEBIO. A la derecha en pié detrás de una mesa repleta de papeles, BANÓN, figurando que acaba de leer varios pliegos que deja encima de la misma.

ESCENA I

ROSAS, BANON Y EUSEBIO

Rosas ¡Bien Banon! Perfectamente.
Las notas que habéis leído
y lo que me habéis contado
merecen premio y castigo;
que yo con los míos soy
bondadoso y espansivo,
al par que con los traidores
soy tenaz y severísimo;
porque sino, los salvajes
del unitario partido,
con insolente arrogancia
aumentarian sus bríos.
Este país es rebelde
y gobernarle es preciso
como Quiroga á su gente.
(*á Eusebio*)
¿No es cierto señor ministro?

Euseb. Yo, mi padre, siempre soy
de su opinión

Ros. Lo imagino,
porque sino, está claro
que el rebenque andará listo.
(*á Banón*)
¿Y cuantas son las carpetas
que á Palermo han remitido
de Santos Lugares hoy?

Ban. (*Contándolas.*)
Una, dos, tres, cuatro, cinco.

Ros. Y además los que esta noche
habrá tomado Cuitiño.
¿Y todos son unitarios?

(*Banón hace un movimiento afirmativo.*)
(*Con la mayor indiferencia.*)
Fusilarles es preciso.
(*Con hipocresía.*)
¡Mucho lo siento, más claro
es que no hay otro camino!
(*Se levanta del sofá y pasa á la izquierda y se sienta en un sillón al lado de la mesa.*)
¿Cuándo llegará ese día,
que á mi generoso instinto
pueda darle paso franco,
y gobernando tranquilo,
no tenga necesidad,
de este recurso maldito,
para poder defender
mi vida siempre en peligro?
Tanta sentencia de muerte
(*Tomando la pluma.*)
con gran repugnancia firmo.
Yo quisiera perdonar.
(*Movimiento de Banón*)
Más firmaré si es preciso
(*Firma*) Ya están todos. *Se levanta; va á pasar á la izquierda, más de pronto se vuelve y dice á Banón que recoja los pliegos:*
No: esperad.
Cuatro he firmado y son cinco
¿No es así?

BAN. Sí; cinco son.

ROS. Si soy lo más aturdido.
(*firmando la quinta carpeta.*)
Lo que es para perdonar
siempre se me halla propicio.

BAN. Pues hoy va á venir aquí
para que le déis, benigno
un perdón, una mujer
de raro y sublime hechizo.

ROS. ¿Una mujer?

BAN. Sí, señor.

ROS. ¿Y dices que es?...

BAN. Un prodigio

EUSE. (*Ap.*) ¡Cielos! ¿Si será Camila?

ROS. Y hoy va á venir?

BAN. Lo imagino.

ROS. ¿Que quiere?

BAN. Intenta lograr
del corazón compasivo
de V. E. que perdone
á un Lázaro, tierno amigo
de su infancia, que hace poco

en su casa preso ha sido
por orden mía, señor.

EUSE. ¡Es ella! (*sin poderse contener*)

ROS. (*á Eusebio*) ¿Que es lo que has dicho?

EUSE. (*disimulando*) Dije, señor; que era ella...

ROS. ¿Quien?

EUSE. Camila

ROS. ¿Sí? Bendito
sea por siempre mil veces,
hoy mi venturoso sino!

BAN. ¿Mas V. E. la conoce?

ROS. Sí.

BAN Y yo pensé...

EUSE. (*ap.*) Qué conflicto!

ROS. Hace tiempo la conozco.

BAN. (*ap.*) Ya claro á mis ojos miro
porqué Eusebio, esta mañana...

ROS. ¿Mas cómo habéis conseguido
que ella venga, cuando nunca...

BAN. Señor, voy á ver esplícito;
Aunque sabía los pasos
que daba su buen amigo,
siempre metido en intrigas
del unitario partido
no he querido delatarle
á Troncoso ni á Cuitiño,
porque no juzgué llegada
la ocasión; más con sigilo
le he espiado de tal modo
que sé todo cuanto hizo.
Esta noche, yo bien sé
que Lázaro ha convenido
con salvajes unitarios,
en miserable concilio
reunirse, con el objeto
de tratar con necio brío
de reunir armas y gente
para un golpe decisivo.

ROS ¿Y cómo sabéis todo eso
si nadie?...

BAN. Porque ladino
por servir á vuestra causa
de Lázaro me hice amigo.
De su partido unitario
en las listas me hallo inscripto:
con ellos intrigas formo;
á sus reuniones asisto,
y así entre mis manos tengo
de esa trama todo el hilo.

ROS. Bien, Banón; veo que soís

de mi confianza digno.
BAN. Señor...
ROS. Mas de vuestra intriga
el fin conocer ansío.
BAN. Hace dos horas que á Lázaro,
hice prender, y la he escrito
al propio tiempo á Camila,
y en esa carta le afirmo
que si aquí viene á rogaros,
por su amigo tan querido,
V. E. el perdón daría
pues sois noble y compasivo.
Ella á pedirlo vendrá,
—estoy de ello segurísimo,—
y si os place lo otorgais;
y ese rasgo heróico y digno
ella premiaros pudiera
con amoroso cariño.
ROS. ¿Yo perdonar á ese infame?
jamás. Que fuera delirio
darle vida y libertad.
BAN. No tal, que poco imagino
podrá gozar de tal gracia.
ROS. Esplicaos Banón.
BAN. Me esplico.
V. E. el perdón le otorga,
es verdad; pero yo mismo
esta noche acompañado
de la mazorca, hacia el sitio
donde ha de tener lugar
la conjuración. camino.
También entre estos infames
Lázaro estará, de fijo
y al caer en nuestras manos
aunque perdonéis benigno,
como morirá esta noche,
nada ó poco, se ha perdido.
EUSE. (*ap. mirando á Banon.*)
¿Porque tu no morirás
ahora mismo, basilisco?
ROS. Muy bien, me agrada ese plan;
pero pensar es preciso
con calma en eso de dar
el perdon de mi enemigo.
Ahora en mis manos le tengo
después.., ¿quien sabe?; y opino
mejor fuera entretener
á Camila, y á ese pillo
mandarle á Santos Lugares,
por poco tiempo,—pues fío

que allí sabrá corregirle
de mis gentes el cariño.
Y vuestra lealtad Banon
reconociendo, os permito
que sigais como hasta aquí
fingiendo ser mi enemigo
y todo un buen unitario.
Pero Banon al decirlo,
aunque sé que es una broma
que jugáis á esos impíos,
de pensar que respirais
el ambiente corrompido
que ellos respiran, confiieso
me entran deseos vivísimos
de mandarlos fusilar
como á un unitario indigno.

EUSE. (*Muy gozoso.*)
Y eso mi padre, sería
un pensamiento divino.
Y esta es muy buena ocasión.
Pues firmasteis ahora mismo
cinco sentencias; ¿qué importa
que firméis seis? Fuera lindo
que él mismo la orden llevase
á Santos Lugares. ¡Digo!
Y poco trabajo cuesta,
V. E. en eso conciso.
Son ocho letras no más;
«Fusílese»: y concluido.
Que él mismo lleve la orden;
¡esto fuera chistosísimo!

ROS. Mira no lleves la tuya.

EUSE. Ni por un queso.

ROS. Imagino
que muy bien pudiese ser.

EUSE. Y yo digo que no.

ROS. ¡Pillo!
¿Y por qué?

EUSE. Porque al invicto
Eusebio Federación,
que es hoy el primer ministro
y gran Mariscal de América,
y excelestísimo hijo
de D. Juan Manuel de Rosas,
el Restaurador magnífico
de las leyes, no se trata
cual á un negrazo, ó á un indio.

ROS. Más te mando que te calles;
¿entiendes?

EUSE. Eso es distinto:

Donde manda el capataz,
el peón...

Ros. Silencio!

Euse. He dicho.

Ros. Banon, mandad en el acto,
con algún Edecán mío,
las carpetas que firmé;
porque deseo que hoy mismo
se fusilen esos reos
antes de que den las cinco:
y si Camila llegase
haréis me pasen aviso.
(*Váse Banón tomando de encima de la mesa los pliegos firmados por Rosas.*)

ESCENA II

ROSAS Y EUSEBIO

Ros. (*Dirigiéndose á Eusebio*)
Y tú, loco endemoniado
no seas tan atrevido;
no te propases jamás
con los hombres que yo estimo.

Euse. Como otras veces señor,
me ordenáis por divertiros
que les haga rabiar... yo...

Ros. Sí; mas hoy no lo autorizo.

Euse. No le haré pasar fatiga
otra vez.

Ros. ¿Qué es lo que has dicho?
¿fatija?

Euse. (*Rápidamente.*) No; no, señor.
V. E. muy mal ha oído
(*Marcando mucho las ges y las jotas.*)
Fatiga, dije fatiga.
que el recuerdo tengo vivo,
de que Ortega y de que Orteja,
y de que hormigo y que hormijo,
y de que hortigas y hortijas,
hacen sudar al más frío;
que la *jota* con la *ge*,
no cambiaré nunca os digo.

Ros. ¿Quién se acerca?

Euse. (*Mirando por la segunda izquierda*).
¡Manuelita!

Ros. Vete que no te preciso.

Euse. (*Ap. al marchar*) Qué diferencia hay
de ese hombre

á ese sér noble y purísimo.
(*Vâse foro*)

ROS. La presencia de mi hija
tiene para mí un prestigio...
que á pesar de mi carácter
algunas veces vacilo
en seguir con arrogancia
por mi sangriento camino,
y ante su bondad y amor
mi fuerte altivez humillo.
Es que es el único sér
que tal vez me ha comprendido.

ESCENA III

ROSAS Y MANUELITA

Manuelita sale por la segunda izquierda sin reparar en Rosas, y se sienta muy pensativa en el sofá)

ROS. (*Llamándole la atención*) Manuelita!
MAN. ¡Padre! ¿os veo
al fin?
ROS. Bien claro lo ves
triste estás?
MAN. Sí.
ROS. ¿Por qué es?
¿Qué le falta á tu deseo?
MAN. ¿Qué le falta?.. (*con pena*) Nada, nada.
Es muy cierto sí señor.
ROS. ¿Pues á qué ese mal humor,
y esa faz tan alterada?
¿Qué sucede?
MAN. Que á mi oído
llegó á poco en son ufano
un crímen tan inhumano
que hiela el alma.
ROS. ¿Qué ha sido?
MAN. Lo sabréis con claridad,
si es que lo acierto á decir,
pues no puedo concebir
tal infamia, tal maldad!
ROS. Para que tanto te asombres,
habrá razón estremada
¿Cuál es?
MAN. Que en mi patria amada
los hombres, ya no son hombres;
pues con infamias arteras
y lo cruel de su pecho,
en vez de hombres, se han hecho

dignos del nombre de fieras.

ROS. Manuelita!

MAN. Oid señor
sin mirar en mi malicia
que vengo á pedir justicia
al noble Restaurador.

ROS. ¡Justicia tú! ¿Contra quién?

MAN. Contra un pueblo envilecido
que en ladrón se ha convertido
y en asesino también.
Contra un grupo de villanos
que en impura asociación
se revuelca con baldón
en sangre de sus hermanos.
Contra esa caterva impía
que en su rencor desalmado,
miserable, ha profanado
la honra de la patria mía;
y en acciones vergonzosas
y viles, mal que me cuadre
mancha el nombre de mi padre
al grito de «¡Viva Rosas!»
y con horribles aliños
degüellan á miles seres,
azotan á las mujeres,
matan inocentes niños.
Contra el que de infamia en pos
ni un rayo de piedad siente
y lleva impreso en su frente
El anatema de Dios!

ROS. Manuelita, tu lenguaje,
me sorprende.

MAN. Padre mio
oidme pues.

ROS. Sí; ya ansío
saber por que tal coraje.

MAN. Pues oid con atención
lo que entre risas he oído,
pues ello la causa ha sido
de mi ciega indignación.
Hace dos años vivía,
tras de pasada opulencia,
una anciana en la indigencia
con dos hijos que tenía;
y dos nietecillos bellos
de mejillas sonrosadas
y de frentes coronadas
de ensortijados cabellos,
que cual diademas brillantes,
de oro, en el cielo labrado,

eran adorno preciado
de sus hermosos semblantes.
Huérfanos eran de madre
y á un mismo tiempo nacieron,
y ambos el consuelo fueron
de su desgraciado padre,
que con su hermano menor
procuraba con placer
á la anciana mantener
y á los hijos de su amor.
Con esfuerzos sobrehumanos
trabajaban de continuo,
luchando con el destino,
unidos los dos hermanos.
Mas sus fatigas constantes
recompensadas veían.
Cuando á su casa venían,
y entre los brazos amantes
de aquellos seres dichosos,
hallaban paz y consuelo
que hacer de su casa un cielo
consiguieron cariñosos.
Y así de la vida en pos
esa familia existía
dichosa con su alegría,
feliz, adorando á Dios.

Ros. ¿Y eso es lo que te ha indignado?
¿Ese el crímen espantoso,
y el abismo tenebroso
donde el pueblo se ha arrojado?
Pues resulta en puridad
de tu poética homilia
de una tranquila familia
la inmensa felicidad.
Si por eso maldecir
debe Dios al pueblo mío,
fuera injusto y fuera impío,
pues le debe bendecir.
Y si tan gran alegría,
según tu misma dijiste,
en esa familia existe...

Man. (*Interrumpiéndole!*)
No, padre; dije existía;
que las sombras del terror
sobre ese hogar se extendieron
y su dicha convirtieron
en luto, sangre y dolor.
Los dos hermanos se fueron;
al trabajo una mañana;
abrazaron á la anciana

y un beso á los niños dieron
que á la puerta á despedirles
uniditos de las manos
salieron los dos ufanos
para poder sonreirles
hasta el último momento,
y al ver que ya se alejaban,
"Adios papá", exclamaban,
y con bello aturdimiento,
y angelicales excesos,
si volvía la cabeza,
le enviaban con ligereza
con sus manitas mil besos.
Mas una esquina al doblar
de su vista se perdieron,
y los niños se volvieron
en su honrada casa á entrar,
ansiando poder volver
pronto á la puerta á salir
para poder recibir
á su papá con placer.
Más aquél día, pasó
y su papá no volvía.
tras aquel día otro día,
pero tampoco volvió.
La anciana los ojos fijos
en la puerta, suspiraba
Mas nunca; nunca llegaba
ninguno de sus dos hijos.
Los niños llorando ya,
con amargura infinita
le decían: "Abuelita,
¿por qué no vuelve papá?"
Y la anciana no sabiendo
que pensar de esta tardanza,
alentando una esperanza
volvió á la calle corriendo.
Preguntó desesperada
por sus hijos con anhelo:
mas nadie colmó su duelo.
Nadie sabe nada ¡nada!
Y á su casa se volvió
con el corazón partido,
y su pecho dolorido
toda esperanza perdió.
Anegada en sus torturas
ropa pidió que coser,
para poder mantener
á sus pobres criaturas,
ya que huérfanas las dos

y en horrendo desamparo
no les quedaba otro amparo
que el de su amor y el de Dios.
Seis meses así pasó;
y con angustias y afán
pudo ganarse su pan
y de los niños cuidó.
Mas otra pena cruel,
pues siempre están en acecho
unas de otras, en su pecho
vino á dejar nueva hiel.
Trabajando noche y día
con vista debilitada,
su pupila ya abrasada
por el llanto que vertía,
al cabo su luz le niega
y la anciana en su dolor
vió con inmenso terror
se había quedado ciega.

ROS. ¿Ciega?

MAN. Sí.

ROS. (*Con indiferencia.*) ¡Como ha de ser!

MAN. Sí, padre, y del bello sol
el purísimo arrebol,
ya imposible le fué ver.
Y para hacer aun más cierta
su cruel desgracia; inflexible
¡ay! la miseria terrible
vino á llamar á su puerta;
y con horror oyó un día
á los niños con afán
pedir un trozo de pan
¡y dárselo no podía!
Y yendo del pan en pos,
salió una noche corriendo
loca á la calle, pidiendo
una limosna por Dios.
Pero en vano se esforzaba;
ella pedía y pedía,
mas nadie la socorría.
Una hora y otra pasaba
y no quería volver
á su casa, sin llevar
algo que poderles dar
á sus hijos de comer.
Al cabo por dicha halló
un corazón generoso
que la socorrió piadoso
y alguna plata le dió
y á su casa presurosa

camina cual por alambre,
¡iba á mitigar el hambre
de sus niños, venturosa!
Mas la ciega desgraciada
con un hombre tropezó
que al conocerla lanzó
una imbécil carcajada;
Y en ella los ojos fijos
con insultante placer
la dijo: "¿Quieres saber
"donde se encuentran tus hijos?"
¿Qué dices? ·Hijos amados!
¿Viven?.. Con ansia esclamó
la anciana. ¿Dónde están? ¡Oh!
¿Donde están, dí?... "¡Fusilados!"
contestó con sequedad
el vil con fiera intención.
De una madre el corazón
destrozando sin piedad,
que ante golpe como aquel,
ahogando profunda queja
junto al borde de una reja
fué á caer, mientras cruel
el monstruo aquel le decía:
"¿Te sorprende lo que pasa?
pues llega pronto á tu casa
que te aguarda otra alegría
y lances extraordinarios
y dulces comprar debías
para esas inmundas crías
de salvajes unitarios."

Ros. ¿Ah? ¡Ya!

Man. Una idea horrible
á la anciana le asaltó
y á su casa se marchó,
mientras tras ella terrible
con intención depravada
aquel hombre en su furor
escarneció su dolor
con otra vil carcajada,
que la anciana en su agonía
siempre á su lado escuchaba
y cuanto más se alejeba.
Mas claramente la oía.
Llega á su casa. Al instante
penetra en ella sin calma,
y á los niños de su alma
llama á voces delirante.
Ciega ésta y despavorida;
contra un asiento tropieza,

cae; se alza y su cabeza
mana sangre de honda herida.
Loca casi, al fin llegó
al lecho donde dormidos
en estrecho abrazo unidos
á los dos niños dejó.
¡Cual su corazón latía
al llegar junto aquel lecho!
Sobre él los halló y el pecho
respiró con alegría.
A besarles con amor
llevó á sus cuellos su boca
y al tocarlos, medio loca
lanzó un grito de terror.
Pues agotadas sus fuerzas,
y hecho el corazón pedazos,
estrechaba entre sus brazos
á dos cuerpos sin cabezas;
y á su lado horrorizada
y casi junto á su oído,
sintió el eco repetido
de la horrenda carcajada.
Resistir no pudo más,
y alzando su rostro al cielo
cayó desplomada al suelo
para no alzarse jamás!

ROS. (*Después de una pequeña pausa.*)
Cierto que es una desgracia;
Mas es fuerza hacer justicia
y castigar la malicia
de esos viles, que en su audacia.
conspiran contra mi vida,
mi poder, la libertad
de mi patria...

MAN. (*Interrumpiéndole y con ironía.*)
Si; es verdad.
Una anciana desvalída,
ciega, pobre, abandonada
y dos niños inocentes,
que aun con frases balbucientes.
á la madre inmaculada
de Dios, tal vez invocar
no podrían, en su amparo;
que conspiraban es claro:
¿quién lo osaría negar?
(*con convicción*)
Mas la vil conspiración
de esa anciana y de esos niños
se reduce á sus cariños
y á alzar á Dios su oración.
(*con sarcasmo*)

Y por tal crímen, con fuerte
mano cruel y oxecrable,
una turba miserable
á esos séres dió la muerte
en su iracundo arrebato
¿Y á eso justicia llamais?
(*con arranque de indignación*)
¿No, padre: os equivocais,
Su nombre es: ¡Asesinato!

ROS. (*Con ira.*) ¡Manuelita!

MAN. (*Con mucho cariño.*) ¡Padre mío!
perdonad si me excedí:
Sabéis que os adoro, ¡oh, sí!
y que es vuestro mi albedrío.
Que por vos mi vida diera,
mi fé, mi paz, mi ventura;
sin vos tan sólo amargura
para mí en el mundo hubiera.
Y si alguna vez la suerte
su faz os muestra sombría
mi amor os dará alegría
unidos hasta la muerte.
Mas por este mismo amor
mi alma desea evitar
llegue el mundo á recordar
vuestro nombre con horror;
pues no hay nada que taladre
más de un hijo el corazón
que escuchar con aflicción
que maldicen á su padre.

ROS. No seas exajerada,
¿Son lances extraordinarios
que mis rendidos contrarios
griten contra mí? no. Nada
tiene de particular.
mi nombre en estos momentos
maldigan los descontentos.
Mas yo los haré callar;
y callará ¡vive Dios!
de mi colera al empuje,
que es trueno que cuando ruje
lleva el rayo de él en pos.
Rayo igual al del espacio,
que lijero y con fiereza
destruye una fortaleza,
un templo, choza ó palacio.
La diferencia se encierra
en que él deja en raudo vuelo
de fuego un surco en el cielo
y yo de sangre en la tierra.

Para hacerse respetar
es necesario el terror

MAN. No, padre. no; lo mejor
es saber hacerse amar.
Porque al cabo llega un día
en que ese pueblo afligido, .
que resignado ha sufrido
el yugo que le oprimía,
se alza iracundo y terrible
sus cadenas destrozando,
y al huracán imitando
en su furia irresistible;
con rauda velocidad
destruye en su torbellino
cuanto en su febril camino
se opone á su libertad
y ¡desgraciado de aquel
que le aprisionó violento!
que arrasado por su aliento
ni rastro quedará de él.

ROS. Y si ese fiero huracán
me amenaza irresistible,
¿he de ceder? ¡Imposible!
No puedo; pues que dirán
que el audaz restaurador
que tan fiero parecía,
con espanto se abatía
de guerra al primer rumor,
y que la necia humildad,
que les mostré generoso
es un ardid bochornoso
para obtener su piedad,
y con vanidoso alarde.
después de haberme llamado
déspota y vil degradado
me llamarían cobarde.
Y sufrir no debo yo
mi patria me llame así.
Dèspota y cruel; bien sí;
¿pero cobarde?... Eso no!

MAN. ¿Pero no véis que es contrario
al valor que en vos se encierra,
el modo de hacer la guerra
al desdichado unitario?

ROS. Si cual tigre me conoce
que estrañas que me denigre
á serlo; lo soy. Cual tigre
déjame que los destroce

MAN. No; que de esa saña en pos
al abismo vais marchando

Y nuestro nombre manchando
faltando al mundo y á Dios.

ROS. Al verte tan partidaria
de mis enemigos creo,
Según por lo que ahora veo,
que eres quizás unitaria.

MAN. ¡Yo!

ROS. Háblame con franqueza
Manuelita, ¿te has unido
al miserable partido
que ambiciona mi cabeza?

MAN. ¡Padre, padre! mi agonía
no aumenteis por compasión;
me partís el corazón
con tal cruel ironía.
¿Yo vuestra muerte anhelar
en mi ceguedad pudiera?
¿Yo?... que por la vuestra diera
mi vida sin vacilar.
No, padre; no puede ser
lo lleguéis á concebir,
lo habéis podído decir,
mas no lo podéis creer.
Si mis instintos humanos
por unitarios mostré
no su partido miré.
mire que son mis hermanos.
Y vuestros también...
(*Movimiento de Rosas.*)
Sí, padre;
que la voluntad divina
la noble patria argentina
á todos nos dió por madre.
Y si por mi padre amado
diera con placer mi vida,
también la diera en seguida
por mi pueblo exclavizado.
Anhelo su libertad
noble, digna, honrada y santa,
la merece; más me espanta
una idea sin piedad.
Pues mi mente con terror
observa, aunque no me cuadre,
que tal vez sea mi padre
víctima del furor.
Y ya no sé que pensar,
ni sé que debo decir,
ni por quien á Dios pedir,
ni por quién debo llorar.
Mas sé que si al fin piadoso

vuestra mano le tendéis
y sus cadenas rompéis,
este pueblo generoso
no será con vos cruel,
y yo no veré angustiada
vuestra vida amenazada,
y feliz le veré á él
Calmad pues vuestros enojos,
vuestra hija en su inmenso amor,
os lo suplica, señor,
con triste llanto en sus ojos.
(*Rompe en amargo llanto y cae arrodillada á los pies de Rosas.*)

ROS. (*alzando con cariño á Manuelita.*)
Alza del suelo; tu miedo
no tiene razón de ser,
y yo ya retroceder
no puedo

MAN. (*Suplicando.*) Padre!..

ROS. No puedo.
Mas hoy que tu amor filial
me mostraste de tal suerte
va una gracia á concederte
mi cariño paternal.
(*Muy marcado*)
Hoy de las vidas dispón
como á tu gusto te cuadre
Del que dispongas tu padre
ha de firmarte el perdón.
Dueña eres de perdonar,
con poder extraordinario,
aunque sea el unitario
más digno de fusilar,
si eso tu ventura labra;
y no temas dude, no;
que tu padre no faltó
en su vida á una palabra.

ESCENA IV

DICHOS: EUSEBIO (*por la puerta del foro*)

EUSEB. De la Inglaterra y la Francia
los ministros, con urgencia
quieren ver á su excelencia,
si les concedéis tal gracia.

ROS. ¿Los has recibido tú?

EUSE. Sí; con gran solemnidad.
Pero, el mister, la verdad,
se puso hecho un belcebú

Y saliéndose de tono,
dijo fijándose en mí;
que no venía él aquí
para tratar con un mono.

ROS. ¡Habráse visto el bribón!
¿Mono te llamó?

EUSE. Eso dijo.
¡Llamó mono, al noble hijo
de la gran Federación!

ROS. Ya que eso dijo el inglés,
hoy contigo ha de tratar,
ó de mi se va á acordar!

MAN. No, padre mío; id vos: pues
que según Eusebio, explica
tienen que tratar los dos
de asuntos graves, con vos;
y nada para ello implica
le haya gastado una broma
el inglés, á Eusebio, ó
que Eusebio se equivocó.
Como no entiende el idioma...

ROS. Pues bien tu consejo sigo

MAN. Y yo me voy á mi cuarto.

ROS. (*Con despotismo á Eusebio que permanece delante de la puerta del foro*) Aparta imbécil!

EUSE. (*Retirándose rápidamente hacia la izquierda*) Me aparto.

(*Salen, Rosas por el foro, Manuelita por la segunda izquierda. Al pasar por delante de Eusebio le dice con cariño.*)

MAN. Hasta luego, Eusebio amigo.

ESCENA V

EUSEBIO

¿Imbécil?... ¡imbécil, sí!
Tienes razón es verdad.
Pero mi imbecilidad
acaso te pese á tí.
Y en el loco aturdimiento
que domina mi cabeza
no trocaré mi simpleza
por tu preclaro talento,
¿Talento?... no; dije mal.
Sólo tienes, estoy cierto
en ese cerebro yerto
el instinto del chacal;
y no encuentro la razón,

como de tí, hombre-fiera,
brotó esa niña hechicera
(*Señalando á la segunda izquierda.*)
ese angel de bendición.
Misterios son del destino
que Dios sólo alcanza á ver;
él que hizo flores nacer
en cenagoso camino.

ESCENA VI

EUSEBIO Y BANÓN

(*Banón en el foro figurando que habla con alguien que está adentro.*)

BAN. No olvides lo que os he dicho
y volved á vuestro puesto.
EUSE. (*Mirando á Banon que permanece aun en el foro.*)
Aquí está este otro ¡oh!
Y este es peor, ¡yo lo creo!
Este es chacal como aquel,
pero con alas de cuervo,
BAN. (*Bajando al proscenio y viendo á Eusebio.*)
!Hola, Eusebio! ¿Estás aquí?
?Y Rosas?
EUSE. Se fuè allá dentro.
(*Con enfasis*)
Mas si algo decirle tienes,
dí, pues yo lo represento.
BAN. Déjate Eusebio de bromas
y hablemos los dos en serio
que preguntarte una cosa
desde hace dos horas quiero.
EUSE. Yo te diré la verdad.
(*ap*). Lo dudo (*alto*). Yo nunca miento.
(*ap.*) Màs que cuando me conviene.
(*Alto.*) Y tú sabras... (*ap.*) Si yo quiero.
(*alto.*) cuanto te diere la gana.
(*ap.*) Y á mí también, por supuesto
BAN. La explicación que me diste
del por què con gran empeño
te opusiste á que Camila
me siguiera...
EUSEB. ¿Qué?
BAN. Te advierto
no me satisfizo mucho.
EUSE. Pues eres un majadero,
BAN. ¿Por qué?
EUSE. ¿No sospechas tú

que Rosas, tiene deseos
que á Camila por ahora
ningún mal se haga? Sospecho
que tu conducta con ella
al Restaurador soberbio,
no le cuadraría; es claro;
pues él tiene fuerte empeño
en que ella venga por buenas
y no á las malas; y si eso
hoy hubiera sucedido;
Camila, al verle, al momento
diría á Rosas, la quieres,
y que viendo su desprecio,
se la cedes por vengarte,
mas no por bondad.

BAN. Es cierto.

EUSE. Figúrate entonces, tú
lo que Troncoso y Mateo
harían de tu cobeza.
En el carrito primero,
de mañana muy temprano,
iria en montón revuelto;
En tanto que boceaba
el vendedor muy contento:
"Los duraznos amarillos.
"y blancos, gordos y buenos!
"y el melón más colosal
que ha habido en el universo!

BAN. Es verdad; tienes razón

EUSE. ¿En lo de melón?

BAN. No es eso.

EUSE. Bueno; pues será zapallo.

BAN. (*Irritado*) ¿Quieres callar?

EUS. Callaremos.

BAN. En lo que dices de Rosas,
tienes razón.

EUSE. ¡Ya lo creo!
Yo te libré del peligro
que amenazaba á tus huesos
evitando tu arrebato
contra Camila. Y tu ciego
aun no has sabido apreciar
esta prueba de mi afecto.

BAN. ¿Mas como has adivinado?..,

EUSE. (*Con sorna.*) Tengo yo mucho talento.

BAN. Esa será mi venganza.

EUSE. (*ap.*) Si yo estorbarla no puedo.

BAN. Y no creas que es por ella
únicamente el inmenso
rencor que en mi alma se agita.

Es que hay un hombre, estoy cierto
á quien ella quiere.

EUSE. (*Con zozobra*) ¿Sí?
(*ap.*) ¿Si sabrá quien es?

BAN. Y quiero
aun más que á ella herirle á él,

EUSE. ¿Y sabéis quién es?

BAN. Tal creo.

EUSE. (*con mucha ansiedad.*) ¿Y es?...

BAN. Lázaro.

EUSE. (*Respirando.* Ah!

BAN. ¿Verdad?

EUSE. Lo que es el tener ingenio!
Que pronto que lo adivinas
todo, todo. Y yo mostrenco
que no había reparado...

BAN. (*Mirando al foro,*) Rosas viene.

EUSE. Pues callemos.

ESCENA VII

DICHOS Y ROSAS A POCO UN EDECAN

ROS. Banón, Camila no llega
y se va pasando el tiempo.
¿Creéis que vendrá?...

BAN. Seguro.

EUSE. (*Ap.*) ¡Oh si permitiese el cielo,
que no llegara!

BAN. La aguardo,
señor, dentro de un momento.
Que ella es noble y generosa,
quiere á Lázaro en extremo,
y vendrá.

EDEC. (*Apareciendo en el foro.*) Señor.

ROS. ¿Qué pasa?

EDEC. Una joven con un velo
cubierto el rostro, y á quien
acompaña un caballero,
solicita de V. E.
y con el más fuerte empeño
que se digne recibirla.

BAN. (*Con gozo*) ¡Es ella!

EUSE. (*Con terror.*) !Es ella!

ROS. Corriendo
id á decirles que aguardo;
y con el mayor respeto
conducidles al instante
hasta este mismo aposento.
(*Váse el Edecán.*) (*á Banón y Euse-*

bio.) Vosotros dejadme solo

BAN. Bien, señor; os obedezco.
(*Váse diciendo aparte.*)
Ya mi venganza principia
y cercano el triunfo veo.

EUSE. (*Ap.*) Pobre Camila, en la red
caes al fin de ese perverso.
¿Qué haría para salvarla?

ROS. (*Que ha estado durante este aparte mirando por la puerta del foro. Se vuelve y dice á Eusebio con imperio.*)
¿No te vas?

EUSE. Sí, señor.

ROS. Presto.

EUSE. (*Vá á salir por el fondo; de pronto concibe una idea y váse por la segunda izquierda.*)
¿Qué hacer?.. ¡Ah! Dios me ha inspirado.
Manuelita, en su aposento
está ahora; ella sabrá
lo que disponen perversos
estos hombres, y evitarlo
podrá. No perdamos el tiempo (*váse.*)

ESCENA VIII

ROSAS, CAMILA Y GUTIERREZ

(*Estos últimos se presentan en la puerta del foro precedidos del* EDECAN *que á una seña de Rosas váse.*)

ROS. (*Ap.*) Es ella. (*haciendo una seña* (Entrad.)

CAMI. (*indecisa.*) Yo...

ROS. ¿Vacila?
Pasen.

CAMI. (*Sin atreverse aun á pasar.*)
Señor ..

ROS. Aquí entrad.

CAMI. (*ap. á Gutierrez como implorando protección.*)
¡Gutierrez!...

GUTIE. (*ap. á Camila.*) Serenidad,
ya que vinisteis Camila.
(*Camila y Gutierrez se adelantan, la primera avanza turbada; el segundo se queda un poco retirado.*

ROS. Podéis pasar adelante.
Desechad todo temor
que el fiero restaurador
es con las damas galantes;
y ante las bellas, el tigre
de Palermo.—cual me llaman
los que mi nombre difaman,

sin que en nada se denigre,
se trueca en manso cordero;
y el fiero gaucho atrevido,
para las pampas nacido,
en cumplido caballero.
Mostrad, pues, el bello sol
que oculta ese espeso velo
é iluminad ese cielo
de purísimo arrebol.

CAMI. ¡Ah, no ¡No esperéis hallar
Cuando este velo levante
Ese sol de luz radiante
que haga el cielo iluminar.
Sólo veréis con horror,
en esta faz alterada,
á la imagen desgraciada
de la angustia y del dolor.

ROS. Pero yo con gusto haría.
si en mi poder estuviera,
que en imagen se volviera
de esperanza y alegría.

CAMI. En vuestras manos estriba,
y en vuestra bondad señor;
que de ese agudo dolor,
la causa que lo motiva
cese; y que de esta infeliz
la suerte, que fiera labra
su desgracia; una palabra
vuestra, pueda hacer feliz.

ROS. A darla sin dilación
de su dicha en interés
me ofrezco.

CAMI. (*Con gozo,*) Ah!

ROS. ¿Y cuál es
esa palabra?

CAMI. ¡Perdón!
Perdonad á un desgraciado
que en lóbrega prisión llora
por la infamia vengadora
de un vil que le ha calumniado.
Es inocente; lo es sí.
No dudéis de ello un momento,
que de Dios el puro acento
me lo está diciendo aquí.
(*por el corazón.*)
Mitigad esta ansiedad,
y pues tenéis tal derecho,
hoy en vuestro noble pecho
paso franco á la piedad
haced, calmando mi duelo,

y vuestra acción generosa
de Dios, la madre amorosa
bendecirá desde el cielo.
Dadme el perdón por favor,
de Lázaro Torrecillas.
Os lo pide de rodillas
Camila O'Gorman, señor.
(*Cae de rodillas anegada en llanto y dejando caer el velo que la cubria.*)

ROS. (*Dándole la mano para alzarla.*)
Alzad: y bendigo el llanto
que me procura el placer
de llegar por fin á ver
de vuestro rostro el encanto

CAMI. Señor...

ROS. Antes os llamé
sol, más no os había visto;
pero al miraros, por Cristo
confieso que me engañé.
Que ostentando el llanto impío
en esa faz candorosa,
parecéis, pálida rosa
bañada por el rocío.

CAMI. Os doy mil gracias, señor.
Pero el perdón que ambiciono...

ROS. (*Rehuyendo la conversación.*)
¡Oh! merecéis un trono.

GUTIE. (*Observando y aparte.*)
¡Cómo se evade el traidor!

ROS. Vuestro acento celestial,
esos ojos hechiceros,
brillantes como luceros,
y esa boca de coral (*aproximándose.*)

CAMI. (*Retrocediendo.*) Señor...

GUTIE. (*Interponiéndose*) Señor...

ROS. (*Con sequedad á Gutierrez.*)
¿Qué queréis?

GUTIE. (*Disimulando.*) Que estaremos molestando
á V. E. y anhelando
ver á Lázaro.

ROS. Ya iréis
su perdón, con ligereza
á llevarle; pero luego.
Hasta que os llame, yo os ruego
que paseis á esa otra pieza.
(*Señalando la segunda izquierda.*)
un instante. buen amigo,
mientras que yo con Camila
hablo.

GUTIE. Señor...

Ros. ¿Qué vacila?
Que al punto salgais os digo
Gutie. (*Con dignidad.*) Y yo os digo en puridad,
y aunque la vida me cueste,
que no dejo el sitio este;
que ante vuestra autoridad,
quien caballero se llama,
tiene que reconocer
cual es el noble deber
del que acompaña una dama.
Ros. Esa dama aquí ha venido;
aquí segura estará.
y ella sola alcanzará
la gracia que me ha pedido
Os podéis pues retirar,
si es que he de dar el perdón,.
y no queréis la prisión
de ese Lázaro ocupar
Gutie. Señor...
Ros. Creo que me esplico?
(*Con imperio.*)
Salid al punto de aquí,
Cami. Gutierrez, marcharos, sí.
Yo también os lo suplico!
Gutie. (*ap.*) ¡Camila!..
Cami. (*ap.*) Sin resistir.
pasad pronto á esa otra pieza
que ese perdón con presteza.
es preciso conseguir.
Ros. (*Ap. observándolos.*)
¿Secretos?
Gutie. (*Siguiendo el aparte con Camila.*)
¿Creéis que los dos?...
Ros. (*ap*) A Cuitiño haré presente...
Cam. (*ap. instándole que salga.*)
Dejadme.
Ros. Este hombre insolente.
Gutie. (*ap. á Camila* ¿Sola con él?
Cami. (*ap. á Gutierrez*) y con Dios.
(*Váse Gutierrez segunda derecha.*)

ESCENA IX

CAMILA Y ROSAS

Ros. No estrañéis que arrebatado,
por mi carácter adusto,
talvez haya sido injusto
con el que os ha acompañado;
más sentía á la verdad.

que ese hombre llegase á ver
que faltaba á mi deber
de juez, por debilidad

CAMI. ¡Ah, no! No llaméis faltar
á vuestro deber de juez,
ni juzgue vuestra altivez
debilidad perdonar.
Que es acción noble y divina,
manantial de puro anhelo.
Que al venir Dios á este suelo
para esparcir su doctrina,
fuente de paz y de luz;
aunque vilmente injuriado
y en el Golgota enclavado
en una infamante cruz,
con amor santo y profundo,
y ejemplo de caridad,
con inaudita piedad
murió perdonando al mundo.
Y nadie llegó á creer
se humillaba con vileza,
al contrario, su grandeza
más sublime llegó á ser.

ROS. ¡Oh si; mi necio temor
hoy disipa vuestro acento!

CAMI. ¡Ah! gracias Voy... *Como (para ir á salir)*

ROS. (*deteniéndole.*) Un momento,
Camila, oid por favor.

CAMI. Hablad.

ROS. Antes de marchar
una pregunta quisiera
haceros niña hechicera,
Decid: ¿sabéis que es amar?

CAMI. (*Con un arranque que reprime en seguida.*)
¿Si sé qué es amar?... ¡Yo!.. ¡No!

ROS. Es una pasión terrrible
que con furia irresistible
en el alma siento yo
Fiera es que ruje en mi pecho
mi corazón destrozando;
volcán que va calcinando
mi sér en lava deshecho,
y que su fuego apagar
no podría aunque lo intente
(*señalando hácia la reja.*)
ni ese rio transparente,
ni toda el agua del mar!
Ante él mi razón vacila.

¿Y el objeto de este amor
Sabeis quien es?

CAMI. No señor

ROS. Tu lo eres.

CAMI. (*Retrocediendo.*) ¿Yo?.

ROS. Sí, Camila.
Si, tú; cuya imágen bella
brilla con amante anhelo
de mi esperanza en el cielo
como refulgente estrella.
Sí, tú; prenda idolatrada,
angel en vez de mujer.
que sin tí no puede haber
para mí en el mundo nada.
Pues que de tu amor en pos
diera, aunque mi alma taladre,
hogar, poder, patria, madre
mundo, vida, cielo, Dios!
Si mi esposa hoy ante el mundo
no puedo hacerte, alma mía,
no te cause eso agonía
y cede á mi amor prfundo.
Corresponde á esta pasión;
tu inmenso amor ambiciono.
Yo te daré un régio trono;
dame tú tu corazón!

CAMI. ¿Mi corazón? Imposible!
Y ese poder soberano
que me ofrece vuestra mano
que lo acepte es imposible.
No, nó; que yo la deshonra
jamás podré resistir.
Prefiero pobre vivír,
á soberana sin honra.
No hagais de poder alarde,
que ese poder me horripila.

ROS. ¡Ah, te comprendo Camila!

CAMÍ. Señor...

ROS. He llegado tarde.

CAMI. Oh!

ROS. Tu amor has entregado,
por tu desdicha fatal,
á otro.

CAMI. No.

ROS. Y ese rival.
¿Quién es? ¡Ah, desventurado
de él si llega al fin un día
en que pueda á mi albedrío
destrozar su pecho impío
gozándome en su agonía.

CAMI. Gran Dios!
ROS Y lo encontraré.
aunque le oculte el averno.
Si es necesario, al infierno
á buscarle bajaré.
CAM. Señor, delirais,
ROS. ¿Dijistéis?...
CAM. Qué deliráis, deliráis.
¿Por qué con furor buscáis
un rival, que aquí no existe.
Porque no acepte el amor
impuro, aunque soberano
que me ofrece vuestra mano;
¿ya es necesario, señor,
creer que amor escondido
en mi pecho he de guardar?
¿No llegastéis á pensar
jamás, ó no habéis creído
existiera un corazón,
que con su honor por bandera,
nunca rendirse pudiera
á la excecrable ambición?
Pues cesen vuestros enojos
y muy cerca le veréis;
pues enfrente lo tenéis
hoy de vuestros propios ojos.
Que si dieráis por mi amor
poder, patria, madre, hogar,
yo también sin vacilar
más daría por mi honor.
ROS. No me convence tu acento;
tu rechazas mi pasión
por que hay en tu corazón
otro amor, sí; lo presiento.
Mi alma, con amargos duelos,
hiere de duda la espina,
y mi rencor lo adivina,
y lo confirman mis celos.
Celos sí, que por tu mal,
solo apagar es posible
con la sangre aborrecible
de mi excecrable rival.
Dime quien es.
CAMI. Ah! señor,
permitid pueda marchar,
Vine un perdón á implorar,
más no á hablar de vuestro amor.
Lázaro, cautivo gime,
mi alma su perdón desea;
¿y me habláis de amor?

Ros. ¡Que idea!
todo lo comprendo. Dime
¿Si á ese amante preferido
yo te presentase aquí,
siguieras negando? ¿dí?
Cami. Déliráis.
Ros. No. Convencido
estoy ya.
Cami. ¿Mas quién pensáis?
que sea?
Ros. Quién ha de ser?
¡Quién tanto deseas ver.
Lázaro!
Cami ¿Qué?... os engañáis.
Yo os juro por Dios, señor,
que Lázaro, desgraciado,
en mi pecho no ha encontrado
más que fraternal amor.
Que jamás otra pasión
hacia Lázaro, sentí.
Creedme, creedme, sí:
no dudéis por compasión.
El perdón que en este instante
imploro de vuestra mano,
es el perdón de mi hermano,
mas no el perdón de mi amante.
Ese rival que soñáis
no existe, señor, no existe.
Ros. Pues en tí sola consiste
que lo crea.
Cami. ¿Qué intentáis?
Ros. Pruébame que no es verdad
el amor que en tí sospecho
otorgándome el derecho
de amarte.
Cami. ¡Oh, crueldad!
¿Por qué me pedís amor
si amaros me es posible?
Ros. Pues sólo así es imposible
que perdone á ese traidor.
Aun dispuesto estoy á hacerlo.
Ya ves, te doy su perdón
porque calmes mi pasión.
Cami. ¡Eso no es dar, es venderlo!
Y yo os juro, que obcecado
de esta vida en el comercio
poneis á muy alto precio
la piedad en el mercado.
Ros. Su suerte sólo se trunca
de esta manera, Camila.

Tu amor, ó se le fusila.
¿Tu pasión me das? dí.

CAMI. (*Con resolución*) Nunca!

ROS. Pues bien, no quiero obligarte;
despréciame así no más.
Tú á ese Lázaro amarás,
pero de él sabré apartarte,
poniendo con mano fuerte,
de mis rencores en pos,
entre el amor de los dos
la inmensidad de la muerte.
Pues del tigre la fiereza
irritaste con tu acción
en lugar de su perdón
te voy á dar su cabeza.
(*Llamando á voces con ira*)
¡Hola!... ¡Banón!... Pronto aquí!
Venid!

CAMI. (*Suplicante.*) Piedad!

ROS. (*Rechazandole.*) No hay piedad.

CAMI. (*Dirigiendose al cielo.*)
Dios de suprema bondad
proteje á Lázaro.

ESCENA X

DICHOS: Y BANÓN, GUTIERREZ, EL OFICIAL, EDECANES Y VARIOS CRIADOS *que salen precipitadamente por diferentes puertas.*

ROS. (*Dirigiéndose al oficial.*) Dí,
¿ cerca la prisión está
donde Lázaro encerrado
se encuentra?

OFI. Sí.

ROS. Maniatado
al punto traedle acá.
Ve pronto, pronto á buscarle,
y apenas él aquí llegue
que á la muerte se le entregue.
Y después de fusilarle,
su cabeza á este salón
has de traer.

GUTIE. (*ap.*) Vil intento!

ROS. (*á el Oficial y Edecanes.*) Id.

MAN. (*Apareciendo en la segunda izquierda*) Teneos!

ROS. ¿Qué?

MAN. Un momento.
(*Mostrando un pliego que trae en la mano.*)
De Lázaro el perdón.

ESCENA XI

Todos los personajes que iban á salir al recibir las órdenes de Rosas, se detienen al oir la voz de Manuelita. Esta adelanta hasta colocarse en el centro de la escena, quedando á su derecha Camila y Gutierrez, á izquierda Rosas y Banón. Detrás un poco delante del resto de los personajes, Eusebio entre Rosas y Manuelita.

CAMILA, MANUELITA, ROSAS, GUTIERREZ, BANÓN, EUSEBIO, OFICIAL Y EDECANES

ROS. Qué es esto?
BAN. (*ap*) ¡Por Belcebú!
CAMI. ¿Será verdad?
BAN. (*ap.*) El despecho
me ahoga.
ROS. (*Con severidad*) ¿Y con qué derecho
osas perdonarle tú?
MAN. Con aquel que me otorgó,
Señor, vuestra voluntad.
Me disteis la autoridad
y vuestra palabra.
ROS. ¿Yo?
Manuelita se acerca á su padre y le repite con solemnidad los versos que él le dijo al final de la escena tercera.
MAN. Hoy de las vidas dispón
como á tu gusto le cuadre;
del que dispongas, tu padre
ha de firmarte el perdón.
ROS. Pero es que ese es infame impío;
ese unitario salvaje,
merece todo el corage
que hoy abriga el pecho mío.
MAN. Dueña soy de perdonar,
con poder extraordinario
aunque sea al unitario
más digno fusilar,
si eso mi ventura labra.
(*Mirándole fijamente*)
¿Dudaréis acaso?
ROS. (*Confuso ante la mirada de su hija.*)
Yó!...
MAN. Mi padre jamás faltó

en mi vida á una palabra.

BAN. (*ap.*) ¡Oh, rabia!

ROS. (*ap.*) Palabra impía!...

MAN. (*Presentandole el pliego á su padre para que firme.*)
Firmad señor.

ROS. (*Resistiendo el firmar.*) Oh!

MAN. (*Con firmeza.*) Firmad.
(*Rosas coje el pliego con rabia y firma devol. viéndoselo á su hija con sequedad é ira.*)

ROS. Toma!

MAN. (*Dando el pliego á Camila.*)
Camila tomad.

CAMI. (*Cogiendo el pliego con alegría.*)
Gracias por tanta alegría.
(*Queriendo arrojarse á sus piés.*)
Señora...

MAN. (*Tendiéndole los brazos.*)
No vuestra amiga
(*Hablándoles en voz baja.*)
Oíd Gutierrez.

ROS. (*Pensando aparte.*) ¿Qué hacer?

MAN. (*ap.*) Que salgáis es menester.

CAMI. Dios vuestro nombre bendiga.

ROS. (*ap. á Banón.*) Es necesario impedir
que salga

BAN. (*ap.*) Lo intentaré.
(*Eusebio que se ha aproximado al grupo de Rosas y Banón, oye el aparte de estos y pasa al lado de Manuelita.*)

EUS. (*Pasando*) No, pues yo lo estorbaré.

ROS. (*ap. á Banón*) Si Manuelita salir
la hace, por ahora es en vano...

EUSE. (*Rápido á Manuelita.*) Banón ahora.
á impedir va
que salga Camila.

CAMI. Ah!

MAN. No lo logrará el villano.
(*En voz alta.*) Camila, porque veáis
que mi amistad es sincera
acompañaros quisiera
si permitís...

ROS. (*á su hija.*) ¿Donde váis?

MAN. Para que camino ataje
y pronto libre consiga
ver á Lázaro, á mi amiga
acompaño á su carruaje

ROS. (*ap. á Manuelita.*) Que intentas?

MAN. (*ap. á su padre.*) Vuestro extravío
evitar.

ROS. (*siempre ap.*) ¡Tal insolencia
MAN. Lo exíje así mi conciencia
y la vuestra, padre mío.
ROS. Yo puedo openerme...
MAN. (*Con solemnidad*) No;
que esta mansión desdichada,
de mi madre fué morada
y ahora en ella habito yo.
Y vuestra obediencia, padre,
reclaman aunque os aflija
el honor de vuestra hija.
y la sombra de mi madre.
(*Rosas queda silencioso. Manuelita se dirije hacia Camila y tomándola de la mano se dirije al foro seguida de Gutierrez y al ver que Banón se coloca delante de la puerta le dice.*)
Banón, quedaréis aquí
hasta mi vuelta.
Señora...
MAN. Dejadme salir ahora.
BAN. (*Con resolución interponiéndose*).
No es posible!
MAN. (*Con asombro.*) ¿Cómo?
BAN. Si,
es imposible. Imperiosas
razones...
MAN. (*Con impaciencia*) Paso.
BAN. Que exija
permitir...
MAN. (*Con firmeza y arranque.*)
¡Paso á la hija
de don Juan Manuel de Rosas!
(*Sale por el foro seguida de Camila, Gutierrez, el Oficial y Edecanes.*)

ESCENA XII

ROSAS, BANÓN Y EUSEBIO

ROS. (*Con ira á Banón*)
Fuerza que Lázaro muera
esta noche.
BAN. Morirá
EUSE. (*ap.*) Oh!
ROS. Camila mía será
hoy mismo aunque no lo quiera.
BAN. Vuestro anhelo colmaré.
ROS. Cifro en ello mi esperanza.
(*Vase por la derecha.*)

BAN. Y yo mi ansiada venganza.
(*Váse por el foro.*)

EUSE. (*Viendo alejarse a los dos con ira, de pronto concibe una idea y sale por el foro rápidamente.*)
¡Viles!... Yo lo impediré.

TELON RAPIDO

ACTO TERCERO

Pequeño salón con tres puertas al foro.—Dos pequeñas y una muy grande en el centro completamente cubierta con grandes cortinajes celestes. Una puerta secreta perfectamente disimulada en la derecha en primer término. Una mesa con tapete y una luz. Algunas sillas de tapicería azul arrimadas á la decoración.

Detrás del cortinaje del foro, otro gran salón y frente al público, una pequeña plataforma con mesa cubierta por gran tapete azul, recado de escribir, libros, papel y dos candelabros encendidos. Detrás del sillón de la mesa, á regular altura, un grupo de banderas argentinas adornando un gran escudo argentino. Dos filas de sillas á derecha é izquierda desde la mesa hasta el cortinaje. Todo ha de estar dispuesto de modo que al descorrerse el cortinaje pueda ver el público toda la escena con perfecta claridad.

Al levantarse el telón está sola la escena. A los pocos segundos se abre la puerta de la izquierda y sale *Banón* y después de recorrer con la vista la escena dice:

ESCENA I

BANÓN

Nadie aún: perfectamente.
Bendigo mi buena estrella
que hasta aquí me ha conducido
antes que ninguno venga.
Todo corriente lo tengo
y he de probar con soberbia
altivez, no se me humilla,
y que puedo con firmeza
pulverizar al que intente
oponerme resistencia.
Más, no perdamos momento.
(*Se dirije á la puerta de la derecha, la abre y sale el Oficial disfrazado con poncho, bombacha y chambergo.*)

ESCENA II

BANÓN Y OFICIAL

BAN. Puedes salir (*Sale el Oficial.*)
Con prudencia
debes marchar al instante,

pues ya las ocho se acercan,
á ver á Camila ¿Sabes
acaso donde se encuentra?

OFI. En Palermo?

BAN. No; en su casa.

OFI. Al momento voy á ella.

BAN. Cuando en su presencia estés
te compones de manera
que por algún unitario
ella confundirte pueda
Dí que á buscar vas á Lázaro,
que de la prisión ya fuera
sabes que está; y á entregarle
esta carta (*Dándole un pliego cerrado que saca del bolsillo.*)
Con urgencia
que llegue á sus manos dí,
pues sabes que le interesa,
que en ella la explicación
va de una trama funesta...
Que Manuelita te envía...
En fin de cuanto quiera
para exitar hasta el sumum
su curiosidad (*El Ofidial se va á marchar, Banón le detiene.*)
Espera,
que aun no te lo he dicho todo.
Para no infundir sospechas,
dí, que á Lazaro no puedes
buscar ya más, pues te observa
un espía miserable,
que ni un instante te deja.

OFI. ¿Y es verdad que en esta carta?...

BAN. Con la verdad más sincera
un *leal amigo* le escribe.
la suerte que aquí le espera.

OFI. ¿Y queréis llegue á sus manos?

BAN. Ya lo creo, y con presteza.
Como Lázaro no está,
la carta la leerá ella
y tratará de salvarle...

OFI. Y le salvará.

BAN. No temas.
Soy yo el amigo leal,
y la trama está dispuesta
de tal modo, que en lugar
de salvarle, aun más le pierde.
Le dices á más, que sabes
que con la mayor reserva
es vigilada esta casa;
y que suceder pudiera

que incendiada y saqueada
hoy por la mazorca sea.
Y en esto no mentirás;
que esta noche la insolencia
de esa canalla unitaria
que contra Rosas alienta
esta casa verá arder,
miserable madriguera
de viles conjuraciones,
y la sangre de sus venas
haré correr á torrentes
por la ancha herida entreabierta
por ver si con sangre puedo
ahogar la fúnebre hoguera.

OFI. Voy pues.

BAN. Bueno. Pero antes
avisa con gran urgencia
á Carpincho y á Troncoso
y á Salomón, que prevengan
sus puñales y serruchos
y su gente más dispuesta
y habéis de estar escondidos
de esas dos piezas muy cerca.
(*Señalando las dos puertas pequeñas del foro.*)
Al oir que os llamo, entrad.
Pero tened muy en cuenta,
que á Camila ni un rasguño
ni un golpe, ni tan siquiera
tocaréis á sus vestidos,
ó perderéis la cabeza.

OFI. Voy.

BAN. Recuerda lo encargado
esa puerta quede abierta,
(*por la secreta.*)
para que en llegando el caso,
salir por ella yo pueda.
y manda buscar un coche
y que espere junto á ella.

OFI. Lo notarán.

BAN. ¿Quién?

OFI. Los salvajes
que han de venir.

BAN. No hay tal pena.
que ni siquiera conocen
esa salida secreta
que dá al campo, y para mí
es de utilidad extrema.
Ten los hombres prevenidos
y ocultos porque no puedan
los unitarios notarlo.

Al que entrar aquí quisiera
no opongáis ningún obstáculo,
y al punto que llegue ella...

OFI. ¿Quién?

BAN. Camila.

OFI. ¿Vendrá?

BAN. Sí.
Dejadla franca la puerta.
Pero casi al mismo tiempo
á toda la casa ésta
prenderéis al punto fuego,
y aquí entraréis con fiereza
con el puñal en la mano
dando la muerte siniestra
á todos los que encontréis,
¡á todos! menos á ella.

OFI. ¿Queréis que gentes guardando
Queden la puerta secreta?

BAN. Es inútil, pues que nadie
más que Eusebio y tú esa puerta
conoce y no es menester
distraer gentes, que en esta
pieza quizás harán falta,
y en la puerta inútil fueran.
El coche no más espere.

OFI. Señor, perdone vuestra
bondad si os recuerdo
la insignia que el pecho ostenta
y ese chaleco punzó.

BAN. Te agradezco la advertencia,
mas no creas que fué olvido,
es que deseo tenerla
para mostrar ambas cosas
en mi venganza sangrienta
y en mi pecho puedan ver
la suerte que les espera.
Pues "Federación y muerte"
de las cintas dice el lema,
la muerte y federación
hallarán aquí su presa,
en el momento dichoso
de escarmentar su soberbia.
Mientras llega, así abrochado,
(*Lo hace*),
es difícil que la vean.

OFI. Y aunque la viesen ¿qué importa?
todos de insignias como esas
van por la calle cubiertos
de los piés á la cabeza.
por el miedo de ajustar

con la mazorca las cuentas.
Aun los mismos unitarios.

BAN. Mas aquí locura fuera
que la viesen, hasta tanto
que á mí convenirme pueda.
Con ellas van por la calle,
mas quien viene aquí, no entra
sin arrojar á la entrada
este padrón de vergüenza
como ellos dicen; y aquí,
si á alguno viesen con ella,
le declararan infame
traidor; y bastante fuera
cualquiera de estas insignias
para que muerte le dieran;
que si fingen por la calle.
aquí á las claras se muestran.
Mas se hace tarde; ve pronto.

OFI. Pues me voy con lijereza (*Va à salir por el foro derecha. Banón pasa y sacando una llave del bolsillo abre la puerta secreta, vuelve á quitar la llave y se la entrega al Oficial.*)

BAN. Sal por aquí, y la llave
puesta dejarás por fuera.

OFI. Corriente.

BAN. Vé, pues, á hacer
lo que te he dicho; y prudencia.

OFI. Haré cuanto me habéis dicho;
mas dudo Camila venga.
(*Váse.*)

ESCENA III

BANÓN

Vendrá ¿Pues no ha de venir?
Con seguridad la espero,
y esta noche han de quedar
ella rendida y él muerto.
Y aquí no está Manuelita
que con su influjo y su aliento
pueda salvarle esta noche,
como esta tarde en Palermo.
Y estos necios unitarios
patrioteros majaderos,
que no procuran medrar
y sólo han sabido ciegos
arruinarse y dia y noche
regar con su sangre el suelo.
¡Imbéciles!... Cual su angustia

y cual su asombro tremendo
será, al llegar el instante
en que á la luz del incendio
vean que todo lo pierden,
porque ofuscados, no vieron
que entre su iluso rebaño
se ocultaba el lobo hambriento.
Risa me causa el pensarlo.
Mas alguien viene. Silencio.
No te asomes todavía
risa, calla, vuelve á dentro
y hasta que llegue el instante
oculta quedo en el pecho.

ESCENA IV

BANÓN Y LAZARO

BAN. Buenas noches.
LAZ. ¡Ah, tu aquí!
BAN. Necia pregunta!
LAZ. Es verdad.
¿Te gusta la soledad?
BAN. Igual que te pasa á tí.
LAZ. Te engañas.
BAN. ¿Sí? Pues creía
al ver que solo has entrado...
LAZ. Es que ya estaba enterado
de que aquí te encontraría
y quería hablar contigo
de un asunto de interés.
BAN. ¿Conmigo?
LAZ. Contigo, Andrés.
Justo; ¿pues no eres mi amigo?
BAN. Sí, que lo soy.
LAZ. (*Con ironía*) Ya lo sé;
mi amigo franco y leal...
BAN. ¡Tú acento no es natural?
Lázaro!
LAZ. ¡Oiga! ¿Y por qué?
Mil veces no me has oído
Llamártelo con franqueza
¿por qué te causa estrañeza
que lo haya aquí repetido?
BAN. ¿Estrañarme? ¡no por Dios!
es que he creído notar
algo en tí de singular.
LAZ. ¿Quieres que hablemos los dos?
No será mucho, pardiez
que molesto te sería.

BAN. Habla.
LAZ. De una villanía
quiero que seas el juez.
BAN. ¿Y de una infamia he
de ser el juez yo?
LAZ. Sí: no te asombre
que tu eres sin duda hombre
que las sabes comprender.
BAN. Salgamos bien de la lucha
y finjamos hasta el fin.
LAZ. (*ap. observando á Banón.*)
Qué meditará el ruín?
BAN. (*alto*) Puedes hablar.
LAZ. Pues escucha.
Un hombre su amistad dió,
á otro astuto y fatal,
que de la amistad leal
utilizarse pensó,
para cometer villano
la más indigna bajeza;
de una mujer la pureza
robar astuto y liviano
y á su proyecto, enemigo
mirando á su amigo fiel
para deshacerse de él
delató infame á su amigo.
Y en una prisión oscura
para siempre lo encerró;
y ya con eso, juzgó
su victoria más segura.
Más el cielo poderoso
que no ampara al delincuente
dispuso humillar la frente
de ese reptil insidioso,
mostrándole con furor
al noble amigo vendido
que ha de pedirle ofendido
cuenta estrecha de su honor.
Y ahora para sentenciar,
sin duda querrás saber,
quien es el indigno sér
que así se pudo humillar?
Pues oye por Belcebú.
El delator excecrable,
el amigo miserable
el vil ladrón ¡eres tú!
BAN. ¿Yo?
LAZ. Sí; ¡tú!
BAN. ¡Oh, maldición!
¿Camila te hizo creer?

LAZ. Si aun no la he podido ver.
Al dejar hoy mi prisión
un aviso he recibido
advirtiéndome sincero,
que eres un villano artero
que á Rosas estás vendido;
que eres miserable espía,
azote de los humanos
verdugo de tus hermanos
¡Baldón de la patria mía!

BAN. ¡Lázaro! ¡Lázaro!
Sí;
y hoy de este sitio saldrás
porque arrojado serás...

BAN. ¡Oh!
Para siempre de aquí.
Y mañana, al ser de día,
harás de valor alarde.
si no eres ya tan cobarde.
que temes la espada mía.

BAN. Adios pues. (*ademán de irse.*)

LAZ. (*Deteniéndole.*) No por favor,
Puedes quedarte hasta el día
y así tu sueldo de espía
podrás ganarle mejor;
y pues que van á venir
los que deseas vender
cumple pues con tu deber,
y así le podrás decir
á tu señor poderoso,
como los pechos leales,
no temen á los puñales
de ese déspota orgulloso:
cómo esta noble Nación
no sufre se la denigre
y como destroza al tigre,
que profana su blasón.
Ya están ahí. Conque espía,
cumple tu deber: mañana
verás mi venganza ufana.

BAN. (Y tú esta noche la mía.)
(*Se descorren por completo los cortinajes de la puerta del centro y aparecen el Presidente sentado en el sillón del centro, todas las sillas ocupadas por los conjurados escepto dos de las más visibles, una enfrente de la otra, para Banón y Lázaro, que pasarán á ocuparlas. Pequeña pausa.*

ESCENA V

DICHOS, PRESIDENTE Y CONJURADOS

PRESI. Heróicos hijos de la escelsa tierra
que egrejia cuna ha sido del valor
y supo con su esfuerzo en noble guerra
conquistar libertades paz y honor.
Hoy un déspota impío nos encierra
en círculo mezquino y opresor
y ese tirano de fatal memoria
soberbio mancha nuestra limpia historia.
El pueblo, sin auxilio, amedrantado
huye buscando en la vecina orilla
un refugio á su espíritu cansado,
un rincón donde oculte su mancilla.
Triste, proscrito, pobre abandonado
tiende al cielo sus ojos, por si brilla
un destello de paz; mas mira en vano,
que el puñal sólo brilla del tirano.

CONJU. 1.° Si por Dios; es ya mengua inconcebible
el sufrir tan cruenta tiranía.

CONJU. 2.° De este pueblo al empuje irresistible
caiga su trono.

CONJURADOS. ¡Sí!

PRESI. Eso sería
gloria feliz, mas hoy es imposible
que en vano nuestra sangre correría.

CONJU. 1.° Humillada á la patria viendo estás.

CONJU. 3.° Y acaso para siempre.

LAZ. (*Levantándose con orgullo*) ¡Eso jamás!
La patria de Alvear y de Moreno
Lavalle; Rivadavia y de Belgrano
¿pensáis que pueda en su glorioso seno
albergar á ese déspota inhumano?
No lo creáis jamás; que honrado y bueno
se dispone este pueblo soberano
á derribar la tiranía injusta,
de San Martín bajo la sombra augusta!
Sí; ya la patria ondeando su bandera
despierta del letárgico desmayo;
los fierros en que yace prisionera
quebrarán de su espada el fuerte rayo
y á lucir volverá en la azul estera,
el sol naciente del invicto Mayo
brillando á su fulgente claridad

su heróica y sacrosanta libertad!
Y á ese infame traidor, ciego homicida,
verdugo inícuo, dictador nefando
iremos á buscarlo en su guarida
sus cobardes puñales despreciando;
y al arrancarle allí su odiosa vida,
sus crímenes sin cuento así espiando,
su alma negra en el profundo abismo
por siempre arrojará nuestro heroismo.

TODOS. Lo hundirá, lo hundirá.

LAZ. Un juramento
solemne hagamos todos de morir,
antes que logre nuestro fuerte aliento
ese tirano déspota abatir.

TODOS. (*Levantándose y extendiendo la mano.*)
¡Lo juramos!

LAZ. Desde el alto firmamento
nuestra causa Dios quiera bendecir,
y ampare siempre su poder divino,
al noble pueblo que nació argentino!
(*Vuelven todos á sentarse.*)

PRESI. Pues ya que en vuestros pechos la energía
de entusiasmo y valor hoy miro arder
oíd atentos la palabra mía,
que siempre á de guiaros á vencer.
Mi vida toda sin pesar daría
por la patria á la cual debo mi ser,
pero mi acento os dice: Aún esperemos
si salvar á la patria al fin queremos.

LAZ. ¿Esperar cuando el bárbaro inclemente
roba, deshonra, incendia y asesina;
cuando hasta á Dios insulta impunemente
profanando su altar y su doctrina?
No, no, jamás, jamás, mi voz potente
os dice; la demora es la ruína
pronto, pronto á luchar sino entre asombros
la Argentina veréis montón de escombros.
Bajo el puñal de Rosas, fraticida
llave de su poder, cimiento odioso
de esa vil dictadura aborrecida,
y de ese despotismo vergonzoso,
¿cuánta sangre inocente fué vertida?
¿cuántos hallaron el martirio honroso?
De todos esos héroes hechos trizas
venganza nos reclaman las cenizas.

CONJU. 2.º ¡Venganza!

CONJU. 3.º ¡Sí!

CONJU. 1.º ¡Sus hechos inhumanos
no esperen compasión!

CONJU. 2.º ¡Muera el ruín
miserable opresor!

CONJU. 1.º — Con nuestras manos
á sus infamias daremos justo fin.
CONJU. 3.º — Y pues, él asesinó á sus hermanos...
LAZ. — Aplaste nuestra planta al vil Caín!
PRES. — Que muera, sí; por mano vengadora.
Mas, tiempo no es aún.
LAZ. — ¿Qué?
PRES. — No, no es hora.
Vuestro valor admiro entusiasmado;
tal cual vosotros la victoria ansío,
mas para hallar el triunfo ambicionado
nos faltan armas y nos sobra brío.
Nuestra exigua fortuna se ha agotado,
poca gente se agrupa en torno mio,
¡Sin armas, sin dinero, y poca gente
nuestra derrota al fin, es evidente!
CONJU. 1.º — Callad, por Dios callad, que ya sabremos
el remedio buscar á tantos males.
LAZ. — Todos nuestros hogares venderemos
en pos de nuestros puros ideales.
Riquezas, armas, gente alcanzaremos
que á la patria es fuerza ser leales.
(*Reparando en Banón y mirándole fijamente.*)
¿Todos he dicho? ¡oh! pues he mentido
que aquí, un traidor infame está escondido!
PRESI. — ¿Un traidor? (*se miran unos á otros.*)
LAZ. — Si por Dios!
PRESI. — Horribles dudas.
¿Quién puede ser el vil? Pronto, esplicad...
LAZ. — Un sér con intenciones tan sañudas,
ejemplo tan indigno de maldad,
que igualar consiguió al indigno Judas
en vilezas é inícua falsedad.
Aquel vendió á su dios que era su padre
y éste vende á la patria que es su madre.
A la patria adorada y bendecida,
ilustre madre que le vió nacer,
sin sospechar que amante daba vida,
á un desalmado y miserable sér.
PRESI. — Pero el infame é inícuo parricida
su terrible castigo ha de obtener.
¿Quién es el vil traidor? Pronto nombrádle.
LAZ. — ¿Queréis saber quién es? (*Señalando á Banón.*)
Pues bien, mirádle.
(*Todos los que están al lado de Banón se separan con horror de su lado dejándole aislado.*)
PRESI. — ¿El?
TODOS — ¿El?
BAN. — ¡Maldición!
PRESI. — ¡Banón!

LAZ. ¡Impío!
de valor y honradez perdió la senda.
BAN. (*á Lázaro amenazador*) ¡Mentis! Callad!
PRESI. Seguid.
LAZ Y el pueblo mío
al tirano opresor dió como ofrenda.
BAN. ¡Una prueba!
LAZ. ¿La quieres?
BAN. Ya la ansío.
LAZ. Darla puedo.
PRESI. Mostradla.
TODOS ¡Sí!
LAZ ¡Y horrenda!
BAN. Muéstrala ya!
LAZ. Pues bien, á tu despecho
de tu infamia el padrón brille en tu pecho.
(*Se avalanza á Banón y desabrochándole con rapidéz el chaleco punzó y la insignia que lleva*).
TODOS. ¡Oh!
PRESI. ¡Traición!
BAN. ¡Miserable!
LAZ. Descubierto
estás ante tus jueces soberanos
y el pecho con la sangre te has cubierto
que derramar hiciste á tus hermanos,
esa sangre reclama un escarmiento,
tan cruel, cual tus hechos inhumanos.
El pueblo libre decida de tu suerte:
(*Se dirije á los conjurados.*)
¿Qué merece? ¡Decidme!
PRESI. ¡Muerte!
TODOS. ¡Muerte!
LAZ. ¿La muerte decidís?
PRESI. Sin compasión.
CONJU. 1.º ¡Muera el espía del tirano Rosas!
CONJU. 2.º ¡No haya piedad para él!
CONJU. 3.º No haya perdón!
CONJU. 1.º Acaben sus infamias vergonzosas!
BAN. (Y ella no viene aún ¡oh! maldición.
¿Serán mis ilusiones engañosas?
¿Y no he de ver colmarse mi esperanza?)
CAMI. (*Dentro.*) ¡¡Lázaro!!
BAN. (*Ap. con zozobra.*) Al fin.
LAZ. (*Saliendo al primer salón.*)
¿Quién es? (*En este momento se abre la puerta de la derecha y sale Camila con una carta en la mano. Al verla da un grito y corre á su encuentro; algunos conjurados salen también, otros quedan en la puerta formando un grupo.*)
¡Oh!
BAN ¡Mi venganza!

ESCENA VI

CAMILA, BANÓN, LÁZARO PRESIDENTE Y CONJURADOS

CAMÍ. ¡Lázaro. ¡Te hallo al fin!
LAZ. ¿Tú aquí, Camila?
CAMI. ¡Huíd!
LAZ. ¿Por qué?
CAMI. No hay tiempo que perder.
PRESI. (*acercándose á ella.*) ¿Qué sucede?
CAMI. Una infamia que horripila
que mi mente no puede comprender.
CONJU. 1.° Esplicaos.
CAMI. ¿En creerme se vacila?
LAZ. Qué ocasiona tu espanto, házme saber?
CAMI. Qué vendidos estáis al vil tirano!
(*á los conjurados*) Huid por compasión
(*á Lázaro.*) Sálvate hermano!
Esta carta hace poco he recibido
En la cual la traición patente está.
Quise salvarte y hacia aquí he corrido.
(*Banón que ha permanecido sin que Camila le vea, va avanzando poco á poco hasta colocarse enfrente de ella.*)
BAN. ¡Pero has llegado tarde!
CAMI. (*Al verle da un grito y horrorizada va á colocarse en primer término derecha.*) ¡Cielos! ¡Ah!
Ese hombre aquí gran Dios!
¡Oh! me he perdido!
LAZ. ¡Venganza!
TODOS. ¡Sí, venganza!
BAN. (*con ironía*) Tarde es ya.
LAZ. (*Llevando la mano al bolsillo para sacar una pistola.*)
¡No gozarás tu infamia impunemente!
BAN. (*con fuerza.*) ¡Aquí de la mazorca!
CAMI. (*Al aparecer la mazorca*) ¡Dios clemente!
(*Se abren con estrépito las dos puertas pequeñas del fondo y salen precipitadamente la mazorca armada con largos facones. El mayor grupo de conjurados entran en el segundo salón seguidos de los mazorqueros, donde se entabla una lucha. De cuando en cuando sonará algún tiro, muy pocos, para no interrumpir el diálogo. Lázaro va á dirigirse pistola en mano á Banón, un mazorquero se interpone y recibe el pistoletazo, al caer suelta el facón que recoje Lázaro y poniéndose delante de Camila, defiende su cuerpo luchando*

contra cinco ó seis mazorqueros. Con la lucha se apagan todas las luces, la escena queda solamente iluminada por el incendio de la casa que se supone obra de los mazorqueros.

ESCENA VII

DICHOS, OFICIAL, MAZORCA Y ENSEGUIDA EUSEBIO

LAZ. (*Luchando.*) No temas que ese monstruo aborrecible,
llegue hasta tí, miéntras me quede vida.
BAN. Mas luchar contra tantos no es posible
y vencido serás.
LAZ. (*Que cae herido.*) ¡Oh!
CAMI. (*Al verlo*). ¡Soy perdida!
(*Los mazorqueros al caer Lázaro se dirigen al grupo del foro.*)
¡Lázaro! (*Arrodillada junto á él y llamándole.*)
¡Muerto!
BAN. (*Con placer.*) ¡Sí!
CAMI. Esto es horrible.
BAN. (*Aproximándose á Camila para sujetarla.*)
Nada hay por fin que mi deseo impida.
CAMI. Yo fallezco. ¡Ay de mí! (*Vacilando para caer contra la puerta secreta que en este momento se abre y aparece Eusebio que la recibe en sus brazos al ver á Banón aproximarse le dice con un fuerte grito:*)
EUSE. ¡Atrás!
BAN. (*Rotrocediendo por la sorpresa.*)
¡Traición!
EUSE. (*Saliendo con Camila desmayada en brazos.*)
¡Me seguirás si puedes!
(*Y cierra con fuerza la puerta secreta trás de sí.*)
BAN. (*Arrojándose con rabia á la puerta secreta que permanecerá cerrada.*)
¡Cerrada! ¡Maldición!
(*La lucha entre mazorca y conjurados continúa. El incendio con más violencia cada vez*)

TELÓN RÁPIDO

ACTO CUARTO

La misma decoración que el segundo acto. Un candelabro con luces encendidas. Al levantarse el telón se oyen las nueve en un reloj de sobre mesa.

ESCENA I

CAMILA (*desmayada en el sofá.*) EUSEBIO (*á su izquierda*)

EUSE. (*Después de oir el reloj.*) Las nueve!
(*Contemplando á Camila.*)
¡Desventurada!
Aún del letárgico sueño
no despierta; cual su asombro
será al ver este aposento
donde pocas horas hace,
ese Banón, del infierno,
y ese Rosas, maldecido,
con astucia convinieron
la muerte del pobre Lázaro,
y tu destino funesto.
(*Camila hace un movimiento.*)
Ya alienta. ¡Pobre Camila!
Dios te dé valor.

CAMI. (*Volviendo en sí; pero sin ver á Eusebio.*)
¿Qué es esto?
¿Dónde me encuentro? ¡Ay de mí!
¡Qué horrible, que horrible sueño!
¿Qué espantosa pesadilla
aun perturba mi cerebro?
¡Aquellos hombres; la sangre
ante mi vista corriendo!
Banón sombrío é iracundo,
á mis piés Lázaro yerto.
¿Habrá sido realidad?...
No, no; no quiero creerlo.
¿Mas donde me encuentro ahora?
(*Fijándose en la escena.*)
Pero, Dios mío, ¿qué es esto?
¿No es ilusión de mi vista?
Yo recuerdo este aposento;
no hay duda, no hay duda.
(*Levantándose aterrada.*) ¡Oh!
¡Me hallo otra vez en Palermo!
¿Quién aquí me ha conducido?

EUSE. (*Presentándose.*) Yo Camila; yo.

CAMI. Eusebio!
Esplicadme por piedad
este sombrío misterio.
¿Realidad mi sueño ha sido?
Hablad, hablad por el cielo
que este delirio me mata
y loca creo me vuelvo!
¡Ay de mí!

EUSE. Valor, Camila.
No desmaye vuestro esfuerzo,
que armarse de él es preciso
en este instante supremo.
Pero ¿por qué hicistéis caso
de aquel aviso perverso,
sin sospechar se trataba
con esa astucia perderos?

CAMI. ¿Por qué? ¿Por qué preguntáis?
Porque mi afligido pecho
no sintió más que el ardiente
ó irresistible deseo
de ver si evitar podía
el miserable proyecto
de asesinar á mi hermano;
mi corazón sólo ésto
anhelaba y á otra idea
no dió abrigo mi cerebro,
que cuando habla el corazón
enmudece el pensamiento.

EUSE. Es verdad, si; es verdad.
Vuestra ceguedad comprendo.
Yo á los dos salvaros quise
Camila; con este objeto
hice entregaran á Lázaro
un papel y allí el misterio
de su prisión le esplicaba
y de Banón el proyecto.
Y esta noche, á penas supe
lo que fraguaba el perverso
corriendo fuí á vuestra casa
á ver si llegaba á tiempo
de evitar salieráis ¡Oh!
fué tarde. Y entonces vuelo
á la casa, do reunidos
Lázaro y sus compañeros,
conspiraban contra Rosas
y donde hallaros espero.
Por una puerta secreta
en aquel salón penetro
en el instante preciso
que vuestro angustiado cuerpo

sobre mis brazos caía
falto de conocimiento.
Sacaros logro de allí,
la llave en la puerta veo,
y por evitar nos siga,
la puerta á Banón le cierro.
En un coche que aguardando
junto á la salida encuentro
os hago entrar y al instante
os he traído á Palermo

CAMI. ¿A Palermo?

EUSE. Sí, Camila.

CAMI. No adivino vuestro objeto.

EUSE. Oidme, Camila, oidme.
Después de mi atrevimiento
de esta noche, convencido
estoy que Banón corriendo
vendrá aquí á quejarse á Rosas
y que sospechen me temo
que os amparo, porque entonces
vano sería mi esfuerzo
por salvaros. Si á otra casa
ó si á la vuestra yo os llevo,
sin conseguir libertaros,
para siempre yo me pierdo.

CAMI. ¿Más por qué me habéis traido?

EUSE. Porque así salvaros pienso.
¿Manuelita, no os proteje?
¿No es ese sér puro y bueno
el único que aquí puede
oponerse á los deseos
del Dictador Manuel Rosas?
Pues bien hacia ella os acerco.
Yo la avisaré ahora mismo,
y más segura, os ofrezco,
habéis de estar á su lado
que aún dentro del mismo templo,
que lo que el tirano osara
para conseguir su objeto
mirando ante él á su hija
no se ha de atrever á hacerlo;
que es el sér que en este mundo
aún le infunde algún respeto.

CAMI. Oh, sí; es verdad: Manuelita,
ella ha de ser mi consuelo.

EUSE. Corro ahora mismo á buscarla.

CAMI. ¿Y sola en este aposento
me dejáis?

EUSE. Es necesario.

CAMI. Mas Rosas?...

EUSE. Está allá dentro.
Si nadie le avisa no
vendrá.
CAMI. Más ved...
EUSE. Eso creo.
Esperadme, pues, aquí
Camila.
CAMI. Marchad, Eusebio;
Con toda el alma os estimo
el interès que os merezco;
mas mi desgracia está escrita:
no lo dudéis.
EUSE. Aún espero...
CAMI. ¿Qué me resta á mí el mundo?
EUSE. La esperanza. Pronto vuelvo!
(*Váse por la segunda izquierda.*)

ESCENA II

CAMILA

Es la esperanza, el faro de la vida;
es la esperanza, manantial divino.
Mas de aquel que la ve desvanecida.
¡Que fúnebre y que triste es el camino!
De su vida en el mar, su fe perdida
náufrago es, que en revuelto torbellino
no espera hallar el puerto venturoso
que dé á su inquieto espíritu reposo.

ESCENA III

CAMILA, BANÓN, (*que sale por el fondo*)

BAN. (*Viendo á Camila.*) Aquí está.
CAMI. (*Al verle.*) ¡Cielos, Banón!
(*Ap.*) ¡Este hombre, siempre! ¡Ay de mí!
BAN. (*Ap.*) Eusebio la trajo aquí.
CAMI. (*Ap.*) ¡Dios eterno, compasión!
BAN. (*Con ironía.*) Mil veces seáis bienvenida
á esta mansión seductora.
Sospecho que desde ahora
ha de cambiar vuestra vida,
y que ya no mostraréis
al noble Restaurador
el inaudito rigor
de esta tarde.
CAMI. ¿Eso creéis?
BAN. Muerto Lázaro...
CAMI. Callad.

No recordéis tal momento;
no aumentéis más mi tormento
y mi angustia respetad.

BAN. Vuestro orgullo lo mató
solamente.

CAMI. ¿Eso decís?

BAN. La culpa es vuestra.

CAMI. Mentís;
vuestra indignidad le hirió.
Así á vuestra infamia plugo,
pues os hicistéis traidor,
después de vil delator
inexorable verdugo.

BAN. Yo mi amor os ofrecí
y altiva me desdeñastéis;
os supliqué, me insultastéis,
y vengarme os prometí.
Dad rienda suelta al rencor.
al odio, espanto ó pesar;
yo en tanto voy á anunciar,
al feliz Restaurador,
que en este dichoso Edén
le espera pura y galana...

CAMI. ¡Oh!

BAN. La futura sultana
de este soberano harén.
(*Váse por la segunda derecha.*)

ESCENA IV

CAMILA

Corre, sí, corre á avisar
á tu señor inhumano,
mas tu intento será en vano:
no esperéis jamás lograr
vuestro deseo villano.
Firmeza, no me abandones;
razón, mantente serena;
alma soporta la pena
y arrastra los eslabones
de tu pesada cadena.
(*Se aproxima á la reja, y dice mirando hacia afuera.*)
Noche terrible y humbría,
de atmósfera abrasadora,
de crímenes protectora,
de tristeza y agonía
silenciosa guardadora.
Tus sombras despejarás

y el día vendrá tras tí,
mas tu recuerdo; ay, de mí!
indeleble dejarás
grabado por siempre aquí
(*En la frente.*)
(*En este momento aparece Rosas en la puerta del foro y procurando no ser sentido, baja lentamente hasta colocarse al lado de esta.*)
Que de mi vida en redor,
mi mente tan sólo advierte,
guarda para mí la suerte
luto, llanto, deshonor,
sarcasmo, desprecio y muerte.

ESCENA V

CAMILA Y ROSAS

Ros. (*En voz alta*) ¿Por qué no felicidad,
vida, riqueza y poder,
si eres hermosa mujer
la reina de la beldad?
¿Por qué tu ciego rencor
no cede bella Camila?
¿Por qué tu razón vacila
en concederme tu amor?
Hoy ves terrible tu sino,
y eso tus pesares labra;
pues dí una sola palabra
y cambiará tu destino.
Y las sombras que en tu mente,
dejaron surco sombrío
la pasión del pecho mío,
disipará prontamente.
Nada faltará á tu anhelo
de cuanto este mundo encierra,
y si lo quieres, la tierra
haré que se trueque en cielo.

Cami. ¿Y al aceptar vuestro amor?
y mi destino al cambiar,
pudiera, acaso, olvidar
mi muerto y perdido honor,
Entre el fausto soberano
que me ofrecéis arrogante,
¿no viera, de mí delante
el cadáver de mi hermano?
Sí: y aunque mi alma taladre,
viera en pos de esa grandeza
flotar sobre mi cabeza
la maldición de mi padre.

Olvidad esa pasión,
que es capricho pasagero.
Sois noble, sois caballero.
tened de mí compasión
No os empeñéis en torcer
mi áspero y triste destino,
que marcado está mi sino
y cumplido se ha de ver.
Pues de Dios la excelsitud
quiere que mi honor defienda,
íd, dejadme por la senda
sagrada de la virtud;
no me privéis temerario
de hallar del cielo la luz,
dejadme que con mi cruz
llegar pueda á mi calvario.

Ros. No, Camila, no es posible
que prefieras la pobreza,
á la suprema grandeza
que te ofrezco. No es creible
que pueda en el mundo haber
virtud de tal magnitud.

Cam. La virtud, siempre es virtud.

Ros. Virtud al cabo de mujer.
Disfraz de coquetería;
remedo de dignidad
para ocultar la verdad
de la mujeril falsía.
Velo que el viento se lleva.
Virtud en el sexo hermoso
es, sueño maravilloso
desde nuestra madre Eva.

Cam. ¡Oh! Perdonad que os exija
que calléis por vuestro padre.
¿Olvidáis tuvísteis madre?
¿Olvidáis que tenéis hija?
¡Así insultáis á las dos!
(*Rosas hace un movimiento como para hablar.*)
¡Callad! ¡Sellad esos lábios
que llegan vuestros agravios
hasta á la madre de Dios!

Ros. Camila, tienes razón
más tu tenaz resistencia
me hizo perder la paciencia;
pero te pido perdón.
Desde mi niñez, Camila,
realizado mi deseo
constantemente lo veo.
Cuanto abarca mi pupila
sugeto á mi voluntad,

á mi orgullo, ó al interés,
miro rendido á mis pies
con despreciable humildad.
La frase de adulación
zumba constante en mi vida,
al hombre miro sumido
en servil humillación,
que en sin mirar su sonrrojo
en su gula por medrar
recoge sin murmurar
el hueso que yo le arrojo.
En mi omnímodo poder,
jamás hallé resistencia
en la amorosa conciencia
de la ambiciosa mujer.
Por eso al mirarte á tí,
que rechazas la fortuna
que te ofrezco, cual ninguna
mujer en el mundo ví,
y en tu noble indignación
me desprecias y atormentas,
Camila, más acrecientas
la llama de mi pasión;
que los fáciles amores
mi alma con desprecio mira
y con ansiedad suspira
por tus rebeldes favores
que acostumbrado á obtener
cuanto anheló mi deseo,
cuanto más tu desdén veo
más te ansío poseer.
Y al verte cerca de mí;
en mi deseo tenaz
hasta me siento capaz
de humillarme junto á tí.
De esta gloriosa Nación
soy el coloso potente;
el orbe humilla su frente
á mi suprema ambición;
pues bien; rendido me ves
cual esclavo; hazme dichoso.
De esta Nación el coloso
se postra humilde á tus pies.

CAMI. Señor, no insistáis... ¿así
humilláis vuestro albedrío?
El amor. del pecho mío
huyó por siempre.

ROS. No.

CAMI. Sí.
Así lo quiso la suerte.

ROS. Camila, tú me amarás.
CAMI. ¿Amaros, Rosas? jamás.
ROS. Será.
CAMI. Primero la muerte!
(*Se levanta furioso Rosas*)
ROS. Oh! ¿Pero puedes pensar
acaso, que mientras viva
con tu necia negativa
me pudiera conformar?
y porque tú así lo quieres
queden en esto las cosas,
y ceda humillado Rosas?...
No lo esperes, no lo esperes,
que el que á dominar llegó,
á un pueblo con su poder,
no ha de ver que una mujer
su autoridad despreció.
¡Ciega estás pues que no ves
mi supremo poderío,
lo que puede mi albedrío
y á una Nación á mis pies.
CAMI. ¿A una Nación?... Deliráis.
Que la Nación Argentina
no se humilla ni domina.
Los que á vuestros pies miráis
no son dignos argentinos,
— vanos son vuestros alardes,—
asalariados cobardes
son, de infames asesinos.
ROS. Tened, Camila; tened
vuestra lengua, porque os fío...
CAMI. Respetad al pueblo mío
y su justicia temed.
ROS. Nada noble un pueblo alcanza
que se halla en el polvo hundido.
CAMI. ¡Ay! si zumba á vuestro oído
el grito de su venganza!
¡Ay! si cuenta al fin os pide
de la sangre derramada!
¡Si su venganza sagrada
por vuestros crímenes mide!
¡Ay, si recuerda sus penas
y vuestro orgullo falaz!
¡Ay, si arroja á vuestra faz
sus destrozadas cadenas!
ROS. Así me cubres de mengua
é insultas mi poderío?...
CAMI. Ví insultado al pueblo mío
y se desató mi lengua.
ROS. Pues prosigue hablando así

que al ver tu heróico ardimiento,
más y más el sentimiento
de amor me arrastra hacia tí.
Sí, de aquí ya no saldras
hasta que haya conseguido
ver ese orgullo vencido.
En Palermo vivirás;
Una secreta prisión
darte en esta casa quiero,
yo seré tu carcelero
hasta que al fin mi pasión
conseguir pueda en mi abono.
Pues de aquí ya no saldrás
hasta que haya conseguido
quede tu orgullo vencido.
Te juro que cederás

CAMI. Os engañáis si creéis
mi amor podáis alcanzar,
antes que mi honor manchar
un cadáver hallaréis.

ROS. Veremos. Por un instante
os dejo á solas aquí.
Pensad en lo dicho, y
no seais tan arrogante.
Voy á prevenirlo todo
y á mandar que á vuestra pieza
os lleven; y esa firmeza
veré de rendir el modo.
No creais poder marchar,
no lo podréis conseguir,
pues que no os dejen salir
voy ahora mismo á mandar.
Acompañado vendré
de unos cuantos servidores
que han de hacerte los honores
que mereces. Volveré
á ver si ya más tranquila
me hablas con menos rigor.

CAMI. ¡Oh, piedad; piedad, señor.

RS. Volveré pronto Camila.
(*Vase segunda derecha.*)

ESCENA VI

CAMILA

¡Cielos! ¿Quién me librará
de ese tirano inhumano?
¿quién me detendrá su mano?
¿quién aquí me amparará?

Eusebio, no viene ¡oh
y el tiempo se precipita!
Manuelita! ¡Manuelita!
no tardes, no tardes; no:
Mira de esta desgraciada
el pesar que la aniquila
y ven por Dios, vén.

GUT. (*presentándose en la puerta del foro*). Camila!

CAMI. ¿Gutiérrez? ¡Estoy salvada!

ESCENA VII

GAMILA, GUTIÉRREZ

GUT. Camila, os llego á encontrar.

CAMI. Gutiérrez!

GUT. Gracias á Dios!
de vuestros pasos en pos
aquí me atreví á llegar.

CAM. Sacadme pronto de aquí.

GUT. A eso he venido; á buscaros,
y á Lázaro ver, llevaros.

CAM. ¿Qué? ¿Lázaro vive?

GUT. Sí.

CAM. Imposible.

GUT. Yo os lo juro.

CAM. ¡Gracias virgen bendecida!

GUT. Está salvada su vida
y se halla en sitio seguro.
Cuando esta noche volvía
yo a mi casa, con horror
entre el rojo resplandor
veo una casa que ardía.
Por el incendio guiado
hasta aquel sitio llegué
y osado en él penetre
por ver si á algún desgraciado
podía ayuda prestar
en aquel trance postrero.
Dios me guió y el primero
á Lázaro logré hallar.
Con inaudito placer
mis ojos le contemplaron;
mis brazos de allí lo alzaron,
y con él eché a correr
hacia una oculta morada,
y bajo piadoso techo
le coloqué sobre un lecho
y su herida fue vendada,
y con gozo sin igual

juzgo salvada su vida
al conocer que su herida.
aunque grave, no es mortal.
Poco á poco en sí volvió
y al ver que cerca le miro
con voz igual á un suspiro
por Camila, preguntó;
á su lado me acerqué
y casi con el aliento
me dijo en aquel momento
cuanto yo no imaginé.
Mi mente el terror traspasa
al saber lo sucedido,
y á buscaros decidido
volví otra vez á la casa
donde el vil asesinato
se cometió; llego, entro
ahogado el incendio encuentro;
y hallaros en vano trato.
Delirante, casi loco
la casa entera corrí;
Más nó; no estábais allí;
corro á la vuestra; tampoco!
Del cielo una inspiración
me dice: "En Palermo está",
cual el viento vine acá
y os halla mi corazón.

CAMI. ¿Pero, Lázaro?

GUT. Atendido
cual en su casa estará
y nadie sospechará
donde se encuentra escondido
y juzgándole ya muerto
dejarán de perseguirle;
pues nadie ha de descubrirle
de que se salva estoy cierto.

CAMI. Gracias Dios por ese bien!
Ahora Gutiérrez, á mí
me protegeréis.

GUT. Sí, sí;
¿Más Camila, contra quién?

CAMÍ. Contra el que á aquí me arrastró;
contra infamias horrorosas;
contra Banón; contra Rosas;
contra el orbe: ¿qué se yó?
Que hoy contemplo en mi agonía
y presa de horror profundo,
que todo el inmenso mundo
se conjura en contra mía.

GUT. Camila. . .

CAMI. No me dejéis
de vuestro lado arrancar.
Antes de verme marchar
jurad que me mataréis.
GUT, Pero ¿porqué tal terror,
si aquí libre os encontráis,
y ahora mismo á salir váis
de este vil antro de horror?
CAMI. ¡Oh, sí; salgamos de aquí.
Pronto Gutiérrez, ya os sigo.
GUT. Camila, venid conmigo.
MAN. (*Presentándose en la puerta del foro en el instante que iban á salir Camila y Gutiérrez,*)
Es inútil.
CAMI. Cielos!
MAN. Sí.

ESCENA VIII

CAMILA, GUTIÉRREZ. MANUELITA

CAM.)
GUT.) Oh!
MAN. Es inútil esperar
halléis franca la salida;
sólo huyendo, vuestra vida
y el honor podréis salvar.
Huíd inmediatamente
de otre ambiente yendo en pos;
huíd ó para los dos
es la desdicha patente.
GUT. Venid, pronto. (*A Camila y dirigiéndose hacia el foro. Manuelita los detiene.*)
MAN. Por ahí no.
GUT. ¿Pués por dónde?
MAN. (*Señalando la segunda derecha*).
Por ahí.
Que por este lado ví
la orden que mi padre dió
de que salir nadie pueda.
(*Pasando á la izquierda y marcando la segunda puerta. Mucha rapidez.*)
Más por esta galería
que hasta á mi aposento guía
aún franco el camino queda.
Aguardándome está un coche.
pues yo iba á salir de aquí.
(*Quitándose un velo que llevará puesto y cubriendo con él á Camila.*)
Cubrid vuestro rostro: así.

Y ahora á favor de la noche
por mí os han de confundir;
en el coche habéis de entrar
y sin recelo mostrar
os dejaréis conducir.
A una casa llegará
parará y os bajaréis
y al cochero le daréis
orden de que vuelva acá.
Y al alejarse de allí
buscad secreta guarida
y emprended pronto la huída
lejos, muy lejos de aquí
Que así lo hagáis será cuerdo,
ó de salvaros no hay modo.
Abandonad todo, todo;
todo, menos el recuerdo
de esta mujer infeliz,
cuyo leal cariño os sigue,
y si salvaros consigue,
ha de juzgarse feliz.

GUT. ¡Dios premie tan noble acción!

CAMI. ¡Ah! vuestro nombre adorado
por siempre estará grabado
en mi triste corazón.
(*Va á arrodillarse. Manuelita lo impide.*)
A vuestros pies permitid. . .

MAN. No, Camila; en fuertes lazos
han de unirse vuestros brazos.
(*Se abrazan, de pronto la separa y los empuja hacia afuera.*)
Más se acercan! Pronto huíd!
(*Vánse Camila y Gutiérrez por la segunda izquierda.*)

MAN. Dios de los cielos señor
que amparen á los que gimen;
para ahorrar un nuevo crímen
dame fuerzas y valor.
(*Queda mirando al interior completamente vuelta de espaldas á la derecha.*)

ESCENA IX

MANOLITA, ROSAS, BANÓN, EUSEBIO, OFICIAL Y SOLDADOS

Por la segunda derecha.

ROS. (*Señalando á Manuelita, dirigiéndose á los soldados*)
A esa mujer apresad
y llevadla, donde he dicho;

Tal ha sido su capricho,
cúmplase su voluntad.
Nadie espere que transija.
¡Sacadla al punto de aquí!
(*Manuelita se vuelve de cara y al reconocerla todos los personajes dan un grito de asombro*)

MAN. Obedeced pronto, sí.
BAN. Qué miro!
EUSE. ¡Cielos!
ROS. Mi hija!
¿Pero esto es un sueño?
MAN Nó.
ROS. ¿Conqué es verdad?
MAN. Ya lo véis.
ROS. Y Camila?. . .
MAN. No esperèis
encontrarla.
ROS. ¿Cómo?
MAN. Huyó.
ROS. Más no escapará á su suerte.
(*Dirigiéndose á los soldados*).
Trás ella habéis de correr,
quien la intente defender
de vuestras manos la muerte
reciba sin dilación
cual premio ¡Por Belcebú!
MAN (*Con resolución.*)
Pues yo la defiendo.
ROS **Tú!!**
MAN. (*Abriendo los brazos y cubriendo con su cuerpo la puerta.*)
Aquí está mi corazón!
(*A los soldados que iban á dirigirse á la puerta para salir á cumplir la orden de Rosas y que se quedan inmóviles al ver la actitud de Manolita*)!
Sed al Dictador leales
y sus órdenes cumplid.
Hundid en mi pecho hundid,
vuestros agudos puñales.
Herid; no esperéis que exija
un átomo de piedad.
(*Dirigiéndose á su padre con acento enérgico y sublime*)
¡Juan Manuel Rosas! ¡mandad
que maten á vuestra hija!!
(*Rosas se interpone entre su hija y los soldados, indicando á éstos con un ademán que salgan. Manolita con los brazos abiertos cubriendo la puerta. Banón en primer término derecha mi-*

rándole con ira. Eusebio al fondo contemplando con alegría la escena. El oficial y los soldados formando un grupo en la puerta segunda derecha.)

CAE EL TELÓN

ACTO QUINTO

SANTOS LUGARES

Sala de paso en Santos lugares Al fondo, ocupando casi todo el frente, una gran reja por la que se vé un extenso campo. Cuatro puertas laterales; las dos primeras con cerrojos.

A la izquierda, en primer término, la prisión de Camila; enfrente la de Gutiérrez: La segunda derecha la entrada exterior. Algunos bancos de madera repartidos por la escena.

Al levantarse el telón, aparecen detrás de la reja del foro varios soldados recostados por el suelo, con los fusiles en forma de pabellones. Dos centinelas paseándose. Se oye, tocado por la banda de cornetas y tambores, el toque de diana. Los soldados se levantan, recogen los fusiles y váuse todos, escepto los dos centinelas. Al desaparecer los soldados salen por la segunda derecha Banon y el Oficial.

ESCENA PRIMERA

BANÓN, OFICIAL

OFI. Vuestras órdenes cumplidas
están; todo se halla listo.
BAN. Lo celebro.
OFI. ¿Y fusilados
serán?
BAN. Según creo, hoy mismo.
OFI. Pero ¿Rosas firmará
la sentencia?
BAN. No lo afirmo:
pero lo juzgo posible;
y para saberlo ha ido
á Palermo, ayer mañana
el Comandante, y confío
que hoy mandará la sentencia
aprobada. Yo he cumplido
con su deseo, quedando
gobernador interino
de Santos Lugares, hasta
que vuelva él aquí, y anhelo
hacerle ver que soy hombre

de su confianza digno.

OFI. Nadie lo duda Banón,
y hoy menos que un gran servicio
á Rosas habéis prestado.
Nadie sabía el asilo
de Camila y Gutiérrez;
más vuestro preclaro instinto
con astucia y con firmeza
consiguió al fin descubrirlo.

BAN. Es verdad, que yo hasta Goya,
de su rastro marché fijo,
y al cabo pude encontrarles
al final de su camino.
¡Más de un año me ha costado!
Más ocho, diez, veinte, un siglo
sin vacilar les siguiera
hasta lograr mi designio.
Pero por fin lo he logrado.
El tiempo vuela y no atino
á comprender, como Rosas,
aún no manda el consabido
"fusílese".

OFI. Si queréis
ahora mismo un chasque envío
para saber que sucede.

BAN. Sí, sí; que vaya Santiño.

OFI. Váis aquí á quedaros?

BAN. Sí.
Ver á Camila preciso.
(*Váse el oficial*).

ESCENA II

BANÓN

No quisiste ser mía, audaz Camila,
mi paslón rechazaste con desprecio,
á Rosas te arrojé y de las garras
del sanguinario tigre de Palermo,
la nécia Manuelita osó librarte
preparando tu fuga y mi tormento.
Mas Luzbel que me ayuda y me proteje
hacia tí me guió y al fin te veo
otra vez junto á mí, y para siempre,
que estás en mi poder y no te suelto.
Que prebe Manuelita ahora á salvarte
que venga, sí; que venga aquí la espero;
mas de esta cárcel fuerte en las murallas
ha de estrellarse su amistoso anhelo;
pues que Santos Lugares, es cual tumba

que cierra tras aquel que entra en su seno
y sólo se abre para dar salida
al alma que abandona el cuerpo yerto.
(*Pausa en la cual se queda meditando unos segundos.*)
Camila morirá: Sí; mi venganza
realizo así; es verdad; mas no el deseo
que yo de hacerla mía un tiempo tuve
¿qué digo tuve? no, mentí; qué aún tengo.
Y ocasión es propicia la presente
para intentar probar... Lázaro muerto.
Gutiérrez... morirá: Su amor de madre
es poderoso talismán... Probemos.
Por vez postrera probemos la fortuna;
Si me rechaza, si su horror no venzo...
¡Ay de tí! ¡ay de tí, necia Camila
que pronto exhalarás tu último aliento
y mañana serás montón de tierra
que llene de una fosa el hondo hueco.
(*Se dirige á la primera izquierda, descorre el cerrojo y llama. Camila se presenta vestida de blanco.*)

ESCENA III

BANÓN, CAMILA

Camila! Sal aquí.
(*Camila se presenta.*)
Oye Camila;
por última vez oye, te lo ruego.
Pero al oirme y al darme tu respuesta
juzgo no olvidarás cuál es el puesto
que hoy nos dió á cada uno la fortuna:
A tí de esclava... (*Movimiento de Camila*)
Sí; y á mí el de dueño.

CAMI. Quizá os equivoquéis, que sólo miro
la fortuna hoy nos dá por el momento
el puesto para mi de triste víctima
y el de verduyo á vos por digno empleo.

BAN. Camila escúchame y esa arrogancia
guarda en tu corazón; oye en silencio
y después de escucharme, tu destino
escogerle podrás; feliz ó adverso.
En mi camino te arrojó la suerte ..
— contraria para tí, te lo concedo, —
mas si fué para tí, la suerte ingrata,
Camila para mí no lo fué menos.
Te ví; te amé; más siempre intranqueable
de tu desprecio el alto muro espeso

colocaste ante mí, y en él mil veces
con furia se estrelló mi ardiente anhelo.
¡Días terribles de angustias he pasado!
Noches de insomnio en mí revuelto lecho
ya envenenar sentía mi alma herida
la ponzoña sútil de amargos celos.
Y no viendo brillar en la tormenta
que estallaba colérica en mi pecho
una estrella de paz, ni el rugiente
y turbulento mar de mi cerebro
el faro luminoso de esperanza
que me guiase de tu amor al puerto,
al infierno invoqué pidiendo ayuda
para lograr matar, astuto y fiero,
cuanto en el mundo hubiera ante tus ojos
de grato, de leal, honrado y bello.
Y logradas están mis ilusiones;
cuanto adoró tu alma, todo ha muerto
y el complemento á mi venganza fiera
cerca de mí; muy cerca ya le veo.

CAMI. Si tanto ambicionabais la venganza
y cerca ya la véis; si vuestro anhelo
satisfecho está ya y no me resta
nada de aquello que adoró mi pecho,
si muertas mis doradas ilusiones
sólo miro en redor sarcasmo horrendo,
¿cómo decís que escoja mi destino
si vuestra infamia ha tiempo me lo ha impuesto?

BAN. De salvarte aún es tiempo, sí, Camila.
Mas si no me amas, si tu horror no venzo,
sin que llegue á mirar la luz del día
tu desgraciado hijo será muerto.

CAMI. ¿El morir? ¡Imposible! es imposible

BAN. Morirá, te lo juro.

CAM. Ah! no; no os creo.
No me asusta esa bárbara amenaza,
pues no existe en el mundo un sólo ejemplo
de tamaña crueldad, ni existir puede
que haria estremecer al orbe entero.

BAN. ¿En alentar te empeñas esperanzas?...
por tu bien, no desoigas mi consejo.
Huye de aquí conmigo, huye en seguida,
que acaso en breve no será ya tiempo.

CAMI. Inútil es tratéis de amedrantarme;
me trajisteis aquí, y aquí me quedo,
y si está mi salvación á vuestro lado
mil muertes antes sin dudar prefiero.

BAN. Piénsalo bien, Camila.

CAM. Está pensado.

BAN. ¿Morir preferirás?

CAMI. ¡Os lo prometo!
BAN. Es qué osas confiar?
CAMI. ¡En Dios confío!
BAN. Que acudes á El muy tarde me sospecho.
¿No sabes ya quien soy, no me conoces?
CAMI. Por mí desgracia ¡ay, Dios! hace ya tiempo!
BAN. Pues si conoces mi rencor profundo
y el odio que en mi pecho abrigar suelo;
si sabes que al tratarse de venganza
ante nada en el mundo me detengo:
porque te empeñas nécia, en rechazarme
arrojarme á la faz tu ruín desprecio,
si todo á mi poder aquí se humilla
y con mi autoridad, todo lo puedo?
CAMI. ¿Qué todo lo podéis? ¡Ilusión vana!
Vuestra mente lo juzga, sí, muy cierto;
vuestro orgullo lo cree, supremo axioma;
altivo lo pregona vuestro acento.
Mas os grita otra cosa la conciencia,
otra cosa sentís dentro del pecho,
y ante el honor, virtud, nobleza y gloria,
abatido os miráis ruín y pequeño.
¿Qué todo lo podéis? ¡Vana quimera!
Humillad mi altivez; venced mi esfuerzo.
Impedid que orgullosa me levante
invocando justicia al Dios excelso;
borrad mañana de mi infausta muerte
de vuestra alma cruel remordimiento.
Eleváos hasta Dios; id al espacio;
cual águila tended el raudo vuelo,
y las colosales alas estendidas
domine esa altivez el firmamento.
Mas nada lograréis, en vano es todo.
Vuestro esfuerzo es inútil. lo estoy viendo
y al querer elevaros desde el fango,
caerías otra vez del fango á dentro.
Que en vuestro orgullo altivo, falaz, loco,
cual águila juzgáis tener alientos,
siendo sólo reptil que entre las sombras
inmundo se revuelve por el cieno.
BAN. Basta ya ¡vive Cristo! Calla. calla
ó no respondo de mi enojo ciego.
Basta ya de piedad. ¿Huir no quieres?
¿Prefieres el morir? Será muy presto?
Yo salvarte intenté, más ya que en vano
el profundo rencor que te merezco
me esfuerzo en disipar y siempre altiva
sorda te muestras á mi ardiente anhelo.
Sigue el destino de tu triste vida.
Recoja tu virtud su noble premio;

recoge el galardón de tu heroísmo,
y reza, llora, sufre sin consuelo.
(*Váse Banón por la segunda derecha*).

ESCENA IV

CAMILA

¿Morir?. . . Mi alma dolorida
tal placer busca anhelante;
más en este horrendo instante
no es sólo mía mi vida.

ESCENA V

CAMILA, EUSEBIO (*Por la segunda derecha*)

EUSE. Camila!
CAMI. (*Corriendo á su encuentro.*) ¿Eusebio? ¡Dios mío!
¿se calmarán mis afanes?
¿Traéis mi perdon?
EUSE. (*Vacilando*). Yó! . . .
CAMI. Decidme.
¿Lo traéis? . . .
EUSE. Nó.
CAMI ¡Dios me ampare!
EUSE. Qué diablos! no hay que aflijirse;
puede que pronto. . . ¿quién sabe
si á éstas horas ya firmado
estará y en breve. . .
CAMI. ¿Qué hace
Manuelita, que no viene
á este sitio á libertarme?
EUSE. Ella es la que me ha mandado
venir á este sitio á escape
á deciros que os adora
como á una hermana. Constante
día y noche está implorando
á las plantas de su padre,
vuestro perdón. De sus ojos,
de lágrimas dos raudales
corren, que ahogan su acento
y marchitan su semblante.
Mas no vacilan, ni amenguan
sus propósitos tenaces.
y que del gobernador Rosas,
vuestro perdón quizá alcance.
CAMI. Pero ha de ser pronto, sí.
EUSE. Mañana tal vez. . .

CAMI. ¡Es tarde!
EUSE. Tranquilizáos Camila;
la suerte siempre es mudable.
Y muy cerca está de aquí
quien en este mismo instante
procura con ansia y brío
porque la vuestra se cambie.
CAMI. ¿Quién es?
EUSE. Lázaro.
CAMI. ¡Gran Dios!
EUSE. Cuando sanó de la grave
herida que recibió,
logró á la Oriental fugarse.
Pero ayer ha vuelto.
CAMI. Ah!
EUSE. Y apenas llegó; á buscarme
fué al punto, allí se enteró
por mí, del peligro grave
que corríais. Hacia aquí,
disfrazado y anhelante
vino, y por estos contornos
me consta debe encontrarse.
CAMI. Por Dios haced que se aleje;
íd, pronto, pronto á buscarle.
Que nadie aquí le sorprenda;
que huya de aquí, que se salve.
EUSE. Voy á ver si al fin le encuentro
y pueda hacer que se marche.
Y á Palermo iré en seguida
á ver si ya. . .
CAMI. De mí parte
le dirás á Manuelita,
que perdone el lamentable
momento de mí estravío,
en el cual llegué á olvidarme
de lo mucho que la debo,
y la ofendieron mis frases
dudando de su amistad
y de su bondad de ángel.
Que en ella sólo confío;
má si no puede salvarme,
sepa que al morir Camila,
desde el patíbulo, amante,
un tierno adiós le dirige,
y que á Dios iré á rogarle
que á ella le dé las venturas
que a mí no le plugo darme.
EUSE. Adiós Camila, muy pronto
os volveré á ver.
CAMI. ¡Quién sabe!

(*Vase Eusebio por la segunda derecha*)
¡Madre de mi corazon!,
madre, que estás en el cielo;
mira mi horrenda afliccion,
calma mi doliente anhelo,
¡tén Dios. de mí, compasión!
(*Vase para la primera izquierda.*)

ESCENA VI

BANÓN, OFICIAL *Que salen por la segunda derecha*

OFI. Ya vino Santiño.
BAN. ¿Sí?
¿Trajo la orden?
OFI. También.
BAN. Preparadlo todo.
OFI. Bien.
BAN ¿Dónde está la orden?
OFI. Aquí.
(*Dándole un pliego.*)
Tomadla.
BAN. Bien. (*Después de leer.*)
Al momento
íd á prepararlo todo.
Espero encontraréis modo
de que no halle impedimento
la voluntad dictadora
de Rosas.
OFI. No habrá cuidados.
¿Morirán?
BAN. Sí; fusilados
serán dentro de una hora.
OFI. Eusebio vino.
BAN. No evita
eso que Camila muera
hoy mismo. Tal vez le diera
un encargo Manuelita,
dando á Camila esperanza
en tan suprema ocasión.
nada más; pues su perdón
Manuelita no lo alcanza,
y á su suerte se somete.
Ya pues Rosas lo ha ordenado
íd en busca de Alvarado
para que forme el piquete.
OFI. Al instante voy.
BAN. Sí; íd:
Y cerca de este aposento

estad; si llamo al momento
entráis
(*Váse el oficial. Banón se dirige á la primera derecha, descorre el cerrojo y llama hacia dentro*).
Gutiérrez, salid.

ESCENA VII

BANÓN, GUTIÉRREZ

Ilustre prisionero, patriota valeroso
dechado de honradez, noble modelo
de caridad y de virtud sublime,
de abnegación heróica raro ejemplo;
Llegad, cerca de mí sí: ¿qué os detiene?
Llegad, llegad; aún más, más, que quiero
de cerca contemplaros y admiraros
venturo mortal, noble mancebo.

GUTIE. Vuestro sarcasme horrendo no me irrita.
Taladrad sin piedad mi herido pecho;
no tengais caridad de mi tortura,
no tengáis compasión para mi duelo.
Al cielo yo ultrajé y él me castiga,
de su justicia os hace el instrumento
Dura la pena es; mas merecida,
Dios lo dispone así, su fallo acepto.

BAN. ¿Que ultrajastéis al cielo? ¿Eso digísteis?
Imposible, Gutierrez, yo no os creo.
Sin duda que exajera vuestra mente,
y de vuestra conciencia el juicio recto
un venial pecadillo, creeros hace
que es un pecado capital, creedlo.
Y si lo que yo os digo no os bastase
y seguís en tan triste pensamiento
llamaré á otra persona que os conoce
y otro modelo de virtudes siendo
os admira, os venera, y os adora
y os dirá lo que yo. Cami...
(*Vá á dirigirse á la prisión de Camila. Gutierrez le detiene con el ademán.*)

CÚTIE. Silencio.
En mi dolor gozaros lo perdono.
Escupidme en el rostro; os lo consiento;
cuantas injurias conciva vuestra mente
arrojadme á la faz con mil desprecio.
Pisad mi alma; derramad mi sangre.
¿Podéis hacer aun más? pues bien hacedlo.
Mas en mí solo se cebe vuestra ira
y de esa pobre mujer el sufrimiento,
no aumenten vuestras frases de sarcasmo,

merezca su dolor algún respeto;
y no la encarnezcáis en mi presencia,
pues si há hacerlo llegáis os advierto
que cara os costaría tal hazaña,
pues hombre soy al fin y sangre tengo.

BAN. Os digo que me asombra ese lenguaje.

GUTIE. Ese asombro, Banón, yo no lo comprendo.
Mi historia la sabes y de mi madre,
no ignoráis el mandato postrimero,

BAN. Que habéis cumplido á medias solamente.

GUTIE. ¿Quién el culpable es?

BAN. No sé.

GUTIE. Sabedlo.
Cuando á mi anciana madre moribunda,
arrodillado le hice el juramento
que ocasiona mi pena; ya adoraba
con locura á Camila, y en mi pecho
encerrado el amor años y años.
sufría sin piedad, pero en silencio,
No volví á ver jamás á la que amaba;
sin vacilar seguía mi sendero,
que aunque sembrado para mí de espinas
recorrerle hasta el fin era mi intento.
Un día... ¡día horrible! aún en mi mente
su recuerdo tenaz, grabado llevo,
ver me hicieron otra vez á la que amaba,
sangre, odios, rencores; ¡un incendio!
Y en medio de ese fiero torbellino,
loco, sin fe, sin esperanza, ciego,
marchar me hicieron ¡hay de mí! con mi adorada
para huir de la infamia y el tormento
Ella débil mujer, en la indigencia,
si yo la abandonaba al sino adverso,
quedaba; y la infeliz de puerta en puerta
que mendigar tendría su sustento,
expuesta á ser tal vez reconocida
y entregada al martirio y vilipendio.
¿Tan negro porvenir pudiera acaso
mi mente á tolerar? ¿A tan acerbo
dolor, justo fuera abandonarla?...
Ni pude, ni debí, ni quise hacerlo.
Y solos, sin hogar abandonados,
viviendo en el olvido y el misterio,
horas, días y meses se pasaban
nuestras amargas penas refiriendo.
Nuestra vista volvimos á los días.
de nuestra alegre infancia; los recuerdos
se agolparon en confuso laberinto
á nuestra mente enferma. Con anhelo
subió del corazón á nuestras bocas

una frase de amor y aunque al momento
cerrar quisimos al amor los lábios,
de amor la frase resonó en los nuestros.
A nuestros piés se hallaba el negro abismo;
huir quisimos de él, no fué ya tiempo;
y empujados por un odio inconcebible
por un rencor sin nombre, sin ejemplo,
caímos á ese abismo de amargura
envueltos entre fango y vilipendio.
¿No es esta la verdad? Banón, decidme.
¿He mentido tal vez? decid ¿No es cierto
cuanto os he referido? Y todavía,
preguntaréis acaso ¿quienes fueron
los culpables de tantas desventuras?
¿Lo queréis aun saber? Pues bien sabedlo.
fué de Rosas el odio inconcebible;
fué de Banón la infamia y el despecho.

Ban. Gutierrez, tal lenguaje al punto cese.
No teméis que al oíros?...

Gutie. Nada temo.
¿Qué podéis hacer más? decid: ¿matarme?
¿La muerte para mí, es ya consuelo.
Venga en buen hora, si; que no se tarde,
tranquilo y resignado aquí la espero.
Mi pobre corazón sirva de blanco
á tus armas mortíferas de fuego,
que aunque cien proyectiles lo taladren
desgarrando á placer mi herido pecho,
mucho más que el mortal ardiente plomo.
hoy la destroza mi dolor inmenso.

Ban. Lo comprendo á fe mia, que es horrible
el feroz y tenaz remordimiento.
(*Con excesiva ironía*)
Mas vuestra salvación quiero y procuro,
y de amistad por daros noble ejemplo,
creyendo adivinar vuestras ideas,
un confesor os tengo ya dispuesto.
Mas no sería justo que egoista
gozárais solo de mi tierno afecto,
y también á la muerte ha de seguiros
Camila.

Gutie. ¿Qué decís?

Ban. ¿Estáis contento?

Gutie. ¿Ella morir? ¡Jamás! ¡Es imposible!
No puede ser verdad; no puede serlo
¡Morir ella! ¿Por qué? ¿por qué? ¿Decidme?

Ban. Por su crimen.

Gutie. ¿Su crímen?

Ban. ¡Por el vuestro!

Gutie. ¿Nuestro crímen?... Verdad; es espantoso.

Más el vuestro Banón, es más tremendo;
más exacrable aún ¡Crimen como ese,
ni lo hubo, ni lo hay, ni puede haberlo.

BAN. No es crimen la justicia.

GUTIE. (*Con sarcasmo.*) ¿La justicia?
Si es esa la justicia, la desprecio!

BAN. Despréciala, más sufre resignado
su peso abrumador. Llegó el momento.
Brocamonte, venid.
(*Salen por la segunda izquierda el Oficial y soldados.*)

ESCENA VIII

BANÓN, GUTIÉRREZ, OFICIAL, SOLDADOS, (Á POCO CAMILA)

BAN. (*A uno de los soldados y que al recibir la orden váse*).
Un sacerdote
en la pieza de fuera espere al reo.
Y escuchad lo que Juan Manuel de Rosas,
ordena que se cumpla, en este pliego.
(*Leyendo el pliego que el oficial le entregó en la escena sesta.*)
"¡¡Viva la federación Argentina!! 18 de Enero de 1848 El superior gobierno dispone que inmediatamente que recibáis esta carpeta, mandéis suministrar los auxilios espirituales á los reos Uladislao Gutiérrez y Camila O'Gorman.
"Prepárese para depositar sus cuerpos en ataúd para tres personas."

CAMI. (*Aparece en la puerta de su prisión y queda escuchando.*)
¿Qué es ésto?

BAN. (*Siguiendo leyendo.*)
"Y á las diez en punto de la mañana de hoy 18 de Enero sean fusilados los reos Uladislao Gutiérrez y.

CAMI. *Dando un grito terrible y cayendo desvanecida:*
¡Cielo santo! ¡Qué horror!
Todos se vuelven al oir á Camila. Gutièrrez corre á socorrerla. Banón se lo impide interponiéndose.

GUT. Camila!

BAN. Tente.
Sugetadle.
(*A los soldados que lo hacen.*)

GUT. (*Procurando desacirse.*)
Dejadme!

BAN. Atrás.

GUT. (*A Banón.*) Impío!
¡Se muere! ¡Socorredla!

BAN. No es urgente.
GUT. Compasión.
BAN (*A los soldados dando orden de salir.*)
Vamos ya!
GUT. ¡Piedad, Dios mío!

El oficial y los soldados se llevan á Gutiérrez. Banón se detiene un segundo, mirando á Camila con un gesto de desdeñosa compasión, y sale por la misma puerta que los demás personajes, dejándola cerrada.

ESCENA IX

CAMILA

Pausa larga. Camila vuelve en sí; se levanta, mira en redor sin darse cuenta de lo que le pasa hasta que poco á poco vá recobrando sus ideas. El autor encarga á la actriz que desempeñe el papel de Camila que en este monólogo lleve las orquillas del peinado muy mal puestas para que pueda perderlas con facilidad como casi siempre le sucede á la primera actriz cuando tiene que desesperarse.

¿Dónde estoy? ¿Qué ha pasado? No recuerdo.
Mi razón se estravía, sí; se ofusca,
y en este mar de dudas yo me pierdo,
y en vano la verdad mi mente busca.
¿Será verdad lo que Banón, leía?
¿A muerte sentenciados?.. No, no, imposible,
no puede ser verdad; no lo es. mentía,
nos engaña esa fiera aborrecible.
No nos engaña, no; que su venganza
ha de llevar al colmo ese malvado.
¡Ser infeliz, á tí también te alcanza
el odio de ese monstruo desalmado!
¡Hijo infeliz, oh! prenda idolatrada!
¿Qué crimen cometiste tú, bien mío,
que Rosas con su furia depravada
te sentencia también cruel é impío!
Y te sentencia el bárbaro inhumano
hoy de tus padres á seguir la muerte?
¡Morirás! ¡morirás! Ese villano,
sin piedad de tí te dá la muerte.
(*Pequeña pausa.*)
Más no lo han de lograr, que cual leona
que á sus crías, defiende, habrán de verme;
el valor maternal mi esfuerzo abona
y nadie lograría detenerme.
No creáis que mi esfuerzo se aniquila,

aunque á ese necio orgullo no le cuadre,
no existe va la mujer; murió Camila,
ya sólo existe aquí la fuerte madre.
¡Venga ese tigre aquí; venga ese tigre:
que con mis uñas y con mis dientes,
aunque al verter su sangre me denigre,
partiré sus entrañas, inclementes.
¡Ven, infame hasta mí; ven yo te llamo,
tu víctima infeliz, ven, ven; no tardes.
El odio probarás en que me inflamo,
en presencia de tus cómplices cobardes.
Ven con ellos aquí; ven por tu presa.
Lucharás con la leona embravecida.
Si á tal osares tu existencia cesa,
que entre mis garras perderás la vida.
La tierra, el mar, el huracán, el fuego;
todos los elementos conjurados
en mi auxilio vendrán, y mi odio ciego
matará tus instintos desalmados.
Se hundirá tu poder é infame gloria,
á la explosión de mí dolor profundo,
y humillado verás sobre tu historia
caer la horrenda execración del mundo.
(*Pausa.*)
¿Qué digo? ¡Santo Dios! deliro. ¿Acaso
puedo yo desviar mi infausta muerte?
?Detener puedo el diligente paso
conque vea acercarse á mí la muerte?
Imposible ¡ay de mí! No puedo nada,
nada oponer me es dado á su poder.
Nada puede la madre desgraciada
mucho menos podrá débil mujer.
(*Arrodillándose, implorando al cielo*).
Supremo Dios, tú sólo mi quebranto
puedes calmar; Señor piedad, piedad;
mira mis ojos bañados por el llanto,
mira implorando á mí alma tu bondad.
Para mí no reclamo tú clemencia;
es para él, para él; para él la imploro,
para el ser infeliz, esa sentencia
hoy no se cumpla en mi inocente hijo.
Se oyen dar las diez en una torre y acto continuo un redoble de tambor Camila dá un grito desgarrador y media loca se levanta despavorida
¡Ah!! Las diez! ¡Santo Dios! Ya está cercana
nuestra muerte infeliz. ¡Mí mal es cierto!
Lo es, lo es; ay de mí! esa campana
resonó en mis oídos como á muerto.
A mi hijo salvar quiero. Al punto, sí;

lo quiero ¿me entendéis? ¡Matarle! No:
Huyamos. (*Recorre delirante la escena, sin saber á dónde dirigirse*)
¿Más por dónde? Por aquí.
Se dirige á la segunda izquierda, la empuja y al ver que no se abre dice:
Imposible! Este lado.
Se dirige á la derecha. Llega á la puerta segunda derecha, la empuja y se abre
Abierta!
Con frenética alegría dice "Abierta!", pero en el mismo instante se presenta en el umbral de la puerta Banón, un sacerdote, el oficial, Alvarado y soldados. Camila al verlos dá un grito horrible y retrocede al medio de escena. Conforme vá diciendo los versos siguientes retrocede andando hacia atrás sin quitar la vista del grupo de Banón y los soldados, hasta que desaparece ella por la puerta primera izquierda.
¡Oh!!
¡Banón! ¿A qué venís; què me queréis?
¿Asesinar á mi hijo? ¡Atrás impío!
He de salvarle, sí; no os acerquéis.
Verdugos, no inmoléis al hijo mio!
Banón se adelanta.
Huíd. Me dais horror, espanto, ira!
Hiena inhumana, atrás. ¿Qué más deseas?
No te acerque; atrás! Mi angustia mira!
Ya en el mismo umbral de la puerta.
Asesino cruel, maldito seas! (*Váse*)

ESCENA X

BANÓN, ALVARADO, OFICIAL Y SOLDADOS

BAN. (*Al sacerdote que vásepor la prisión de Camila.*)
Para bien morir, ahí
preparad á esa mujer
(*Váse el sacerdote*)
ALV. (*Ap.*) Sino lo puedo creer.
á Banón. ¿Vá á morir Camila?
BAN. Sí.
Tú, Alvarado, cumplirás
la orden. Tu compañía
formará el cuadro.
ALV. (*Como hablando consigo*). Sería
infame.
BAN. Vé.
ALV. Yó?... Jamás.
BAN. ¿Qué dices?

ALV. Que yo no voy.
BAN. ¿No cumples con tú deber?
ALV. Sí tal; que al no obedecer
cumpliendo con él estoy.
BAN. Si lo que yo te ordené
dispuesto á cumplir no estás,
Alvarado, morirás
hoy mismo.
ALV. (*Con resolución*). Pues moriré.
En esta patria nací,
y con firmeza y valor
lo que es dignidad y honor,
señor, en ella aprendí.
De un bravo y noble soldado
que luchó con insistencia
por la heróica independencia
de su patria siempre al lado
del glorioso San Martín;
y en medio de la metralla
en el campo de batalla
encontró su honroso fin,
hijo soy; y á no dudar
sé que si él os escuchase,
la orden vuestra reprobase
maldiciéndola á la par.
De virtud marchando en pos,
mi madre con gran cariño
en mi corazón de niño
inculcó el amor á Dios,
y con inmensa bondad
me enseñó desde el nacer
al crimen aborrecer
y á mi alma á tener piedad.
Y de mi adorada madre
el afán se ha de cumplir,
y con gozo he de seguir
el ejemplo de mi padre.
Ella me enseñó á rezar,
y me enseñó él á ser hombre,
no á ser fiera; no os asombre
que me niegue a ejecutar
vuestro mandato insensato.
Antes moriré gustoso,
que cometer alevoso
ese triple asesinato.
Esta espada que conmigo
(*Desenvainándola*)
llevo henchido de placer,
sólo es para defender
mi patria del enemigo.

La conquisté para honrarla
á la luz del sol y en guerra;
no cuando la noche cierra
como vil puñal á usarla;
y si con ciego rencor
deshonrada la queréis,
yo jamás.
(*La arroja á los pies de Banón.*)
Ahí la tenéis.
Yo la quiero con honor.
Ahora podéis preparar
el suplicio de Camila,
con la conciencia tranquila,
y mi muerte decretar
que yo á cumplir mi deber
hasta el último momento,
marcho feliz y contento
sin llegarme á envilecer,
y al ir de la muerte en pos
desprecio vuestros enojos.
¡No me humillaré á los ojos
del mundo, mi patria y Dios!
(*Váse*)

BAN. Marchad detrás de Alvarado
y castigad su osadía,
(*A unos cuantos soldados*).
antes que termine el día
deberá ser fusilado.
Los soldados que encontréis
reunid y termine al punto
este malhadado asunto.
(*Vánse algunos soldados*).
Al Oficial. Ahora Brocamonte iréis
con estos otros, pues ya
Gutiérrez ha rato espera,
á buscar la prisionera,
y á morir llevadla.
(*Vánse por la primera izquierda el oficial y los soldados.*)

ESCENA XI

BANÓN

Ah!
Llegó el instante funesto
que deseaba anhelante,
y en este supremo instante
vacilo y dudo ¿Qué es esto?
No sé que estraño temor

hoy mi entendimiento ofusca
y en vano mi mente busca
la causa de tal terror.
¿Debo temer algo?... ¡Nó!
¿No soy poderoso?... ¡Sí!
Después de Rosas, aquí
no hay quien pueda más que yó.
Pues la suerte á mí se inclina,
siga mi ambición su vuelo
que no hay poder ni en el cielo
para consumar mi ruina.
Camila la muerte alcanza,
que es el placer que persigo;
si es castigo, por castigo;
si es venganza, por venganza.
Mi conciencia no vacila.
¿Quién mi poder hundirá,
y mi muerte causará

OFI. (*Saliendo*). Aquí está.

BAN. (*Volviéndose rápidamente.*) ¿Quién es?
(*Al ver aparecer á Camila*)
¡Camila!

ESCENA XII

BANÓN, CAMILA, OFICIAL, UN SACERDOTE Y SOLDADOS

Camila aparece en la puerta primera izquierda, apoyada en el hombro del sacerdote y con un crucifijo en la mano Detrás de ella los soldados.

CAMI. (*A Banón*). Por tu culpa, rendida y humillada
á presentarme voy de Dios al trono,
más casi de la muerte en la morada
cuanto sufrir me has hecho te perdono.
Tus redes contra mí tejistes ufano
con cadenas de muerte y aflicciones,
y en ellas yo al caer, en tí inhumano
se enredaron también sus eslabones.
Y arrastrado por ellos trás mí suerte,
en vano buscarás consuelo y calma
y después de guiarte hasta la muerte
te ceñirán eternos á tu alma.
Y al apurar el cáliz de agonía
que me ofrece cruel tu mano artera
su amargura y su dolor no cambiaría
por la horrorosa suerte que te espera.
Marchemos á morir.
(*Dirigiendo la vista al foro*).
Patria querida:
sol, que alumbrastes mi niñez dichosa;

Recibid el adiós de despedida
que os mando al borde de mi horrenda fosa.
(*Dirigiéndose al crucifijo que lleva: Besa el crucifijo. Se sostiene en el hombro del sacerdote y sin quitar la vista de la imagen, muy lentamente y con ahogados gemidos sale por la segunda derecha seguida del oficial y los soldados*).

ESCENA XIII

BANÓN

(*Después que todos han desaparecido*).
¿Que ha dicho esa mujer? Que por la huella
que hoy la conduce á la funesta muerte
he de seguirla yo, y el sino de ella
no trocaría por mi infausta suerte?
El juicio esa infeliz habrá perdido.
¿Ser más feliz que yó?... ¡Es que delira!
A la muerte camina y aquí henchido
mi pecho sin afán, feliz respira.
¿Feliz?... No es cierto, no.
Se oyen dos tambores que tocan paso fúnebre.
Ya se encamina
Camila hacia el suplicio, y con sonrojos
en vez de reo aparición divina
la veo aparecerse ante mis ojos.
Ya se aproxima, sí.
(*Salen por la derecha cruzando el escenario por detrás de la reja del foro dos tambores tocando marcha fúnebre, un Oficial con diez ó doce soldados, en medio de los cuales van cuatro indios desnudos cubiertos por en medio cuerpo con harapos de cuero llevando en hombros una silla en la cual vá Camila vestida de blanco, el cabello suelto, los ojos vendados y un crucifijo en la mano. Detrás de ella Gutiérrez también vendados los ojos y apoyado en un sacerdote y seguido de soldados. Este grupo deberá imitar, en lo posible, el cuadro pintado por el artista Desmadryl conforme á la relación de un testigo ócular. Banón permanece silencioso hasta que todo desaparezca*)
Mi vista inquieta
de ella quiero apartar, pero es en vano.
Huir quiero de aquí, más me sujeta
no sé que fuerte é invisible mano.
(*Queriendo retroceder pero no puede*).
Verla morir no quiero, y al suplicio
Camila se aproxima. Y no me deja

esta mano tenaz y el sacrificio
á contemplar me arrastra hacia esta reja.
(*Como arrastrado contra su voluntad se aproxima á la reja y mira hacia la izquierda.*)
Ya preparan sus armas los soldados,
ya la dirijen contra el noble pecho
de Camila infeliz... Ya...
(*Se oye una descarga.*)
Desdichados.
Miserable de mí. ¿Qué es lo qué he hecho?
(*Se cubre el rostro con las manos dejando caer la cabeza contra los hierros de la reja.*)

ESCENA XIV

BANÓN, LÁZARO

(*Lázaro disfrazado de gaucho ha salido por la segunda derecha en el momento que se oye la descarga y poco á poco se aproxima á Banón, y poniéndole una mano en el hombro dice:*)

LAZ. Cometiste un crimen alevoso.
BAN. (*Retrocediendo horrorizado.*)
¡Lázaro! Santo Dios!
LAZ. ¿Mí sombra aterra?
BAN. Sombra huye de mí. Dios poderoso
brotar te hace, contra mí en la tierra.
Aparta! Huye de mi.
LAZ. (*Avanzando.*) ¡Vana esperanza!
(*Desenvainando un puñal que lleva al cinto.*)
¡Tu sangre necesito, vil cobarde!
BAN. (*Huyendo horrorizado*).
¡Perdón!
LAZ. Jamás.
(*Persiguiendo con el puñal en la mano á Banón que en vano trata de ganar la puerta de salida.*)
BAN. Piedad!
LAZ. ¡Venganza!
BAN. ¡Socorro! ¡Auxilio! ¡A mí!
LAZ. Llegarán tarde!
(*Sugetándole por el brazo*).

ESCENA ÚLTIMA

BANÓN, LAZARO, OFICIAL Y SOLDADOS

LAZ. (*A Banón*). Cúmplase como el de ella tu destino.
(*Le hiere.*)
BAN. (*Cayendo al suelo*).
Ay de mí.

OFI. (*Dentro*). Por aquí.
(*Salen Rosas, el Oficial y soldados.*)
OFI. (*Al ver á Banón enel suelo pasando á socorrerle.*)
Gran Dios!
OTRO. (*Pasando también al lado de Banón.*)
¿Qué veo?
OFI. Miserable!
OFI. 2º Ese ha sido su asesino.
OFI. A la muerte llevadle.
LAZ. Tal deseo.
Y al caer con el pecho destrozado
y de Dios implorando la piedad,
de mi boca saldrá el grito sagrado;
"Libertad, libertad, libertad!

FIN